

BOLSILIBROS

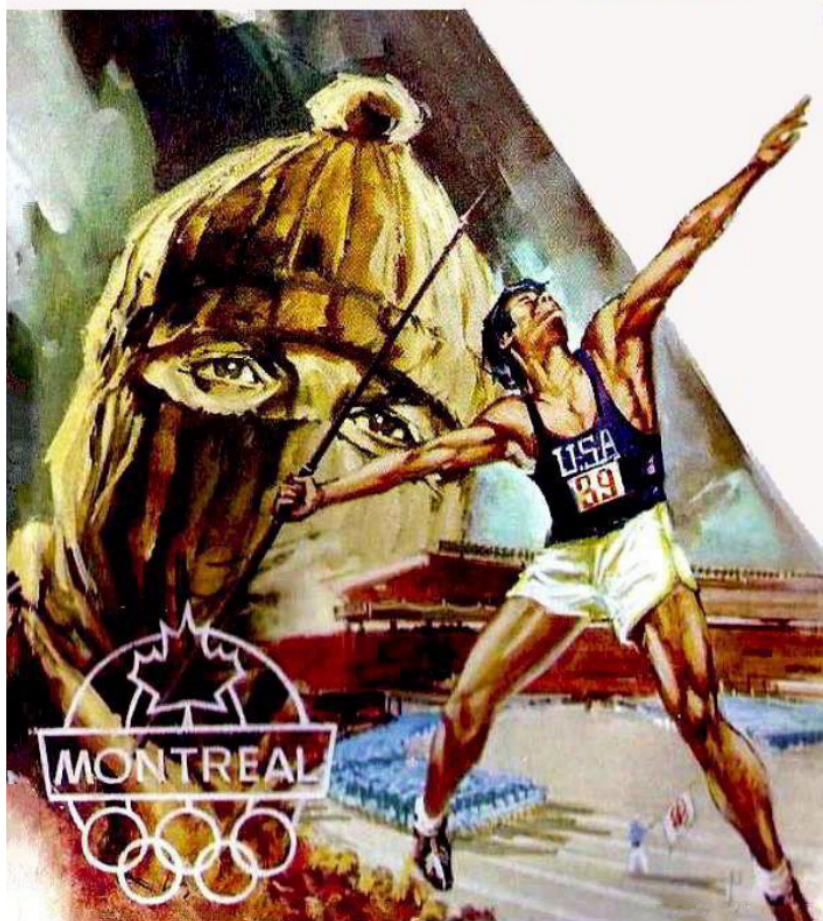


SERVICIO SECRETO

de

terror en Montreal/76

CURTIS GARLAND



La muchacha del cabello color fresa miró atrás.

No descubrió nada sospechoso. Nada de lo que ella temía, cuando menos. Sus ojos estaban muy abiertos, tras los vidrios color dorado espejeante de sus modernas gafas de sol. Y continuaban asustados. Como lo habían estado durante todo el recorrido del taxímetro hasta el Aeropuerto Kennedy.

Sin embargo, ningún otro automóvil había seguido al taxi durante el recorrido. Y ahora, cuando ya el vehículo se alejaba de regreso a Nueva York, tras haberla depositado en el aeropuerto internacional, ella continuaba pendiente de la presencia de cualquier otro coche, de cualquier persona que pudiera despertar en ella renovadas sospechas.



Curtis Garland

Terror en Montreal-76

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1360

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Terror en Montreal-76*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PÓRTICO

Hace ya algún tiempo escribí una obra titulada *Asesinato en el Mundial 14*, que, como su título indicaba, se desarrollaba en Alemania, durante el Campeonato del Mundo de Fútbol de ese año, especialmente en Múnich y su Estadio Olímpico. Por haber sido escrita *antes* incluso de iniciarse el Mundial, ofrecía algunas inexactitudes, ya que el escritor no puede ser, forzosamente, también adivino o profeta. Pero en cambio, la final y sus avatares resultaron sorprendentemente exactos —incluso con el *gol de la victoria* alemana—, y además, lo importante allí era la trama de intriga y captar algo del *clima* del Mundial, cosa que creo se logró.

Ahora repito fortuna —y que Dios me ayude— con la Olimpiada de Montreal, escribiendo esta novela también *antes* de comenzar el certamen mundial olímpico. Por ello, disculpe el lector las posibles faltas o errores, al anticiparme a los acontecimientos, para que esta obra vea la luz justamente cuando las Olimpiadas canadienses estén todavía en plena actualidad, ya que la edición de una obra requiere cierto tiempo de preparativos editoriales, hasta ponerse a la venta al público. Si lo consigo, y el lector no aprecia demasiados fallos, me sentiré satisfecho. Si hay errores... perdón por ellos. Habrán sido culpa mía, por querer adelantarme al curso natural de las cosas.

El Autor.

Mayo de 1976.

PRIMERA PARTE

DESTINO: MONTREAL

I

La muchacha del cabello color fresa miró atrás.

No descubrió nada sospechoso. Nada de lo que ella temía, cuando menos. Sus ojos estaban muy abiertos, tras los vidrios color dorado espejeante de sus modernas gafas de sol. Y continuaban asustados. Como lo habían estado durante todo el recorrido del taxímetro hasta el Aeropuerto Kennedy.

Sin embargo, ningún otro automóvil había seguido al taxi durante el recorrido. Y ahora, cuando ya el vehículo se alejaba de regreso a Nueva York, tras haberla depositado en el aeropuerto internacional, ella continuaba pendiente de la presencia de cualquier otro coche, de cualquier persona que pudiera despertar en ella renovadas sospechas.

Se tranquilizó. Tal vez había logrado, finalmente, despistar a sus enemigos. Quizá le fuera posible todavía llegar a tiempo...

Caminó con paso rápido hacia las oficinas de la compañía aérea, rebuscando en su bolso colgado, que era su único equipaje en estos momentos. Extrajo el billete de avión. Se acercó al mostrador de la Canadian Air Lines, y lo presentó. Una joven empleada de uniforme se ocupó de atenderla. Luego, pasó a la Aduana para el control de pasaporte, dirigiendo otra mirada atrás, llena de preocupación.

Por un momento sintió una cierta tensión al descubrir al hombre de la frondosa barba negra y el maletín liviano, color azul, con el emblema de los Juegos Olímpicos de Montreal 76. Vio que se aproximaba también a la oficina de la Canadian, y observó su figura ancha y robusta, su aire decidido y enérgico. Un sombrero de color avellana cubría su cabeza, y unas gafas de sol azules ocultaban sus ojos.

«Soy una necia —se dijo, mientras pasaba el trámite aduanero—. Mucha gente se marcha estos días a Montreal. Esto no tiene sentido alguno. El hecho de que un desconocido lleve barba y viaje a Canadá, no significa nada. No tengo por qué asustarme...».

El hombre, tras mostrar su billete en el mostrador de la compañía aérea, se había alejado hacia el bar, con aire indiferente. La

muchacha del cabello color fresa se calmó un poco. Lo suficiente para sonreír distraídamente al funcionario que revisara su pasaporte, y seguir adelante hacia la pista de despegue del *Boeing* que la conduciría a Montreal.

Caminó presurosa, hasta llegar al aparato. Faltaban aún varios minutos para despegar. Se acomodó en el interior, dominando su inquietud latente, mirando con frecuencia al exterior, a través de las ventanillas. También miró a todo lo largo del interior del reactor temiendo en todo momento encontrarse con algún rostro conocido, con alguna mirada fija en ella, que no le resultara del todo desconocida.

Si ello se producía, justo en ese momento sabría que había sido localizada. Sabría que la amenaza estaba allí, cerca de ella.

Y la amenaza era de muerte.

Se acomodó en su asiento, tras comprobar que absolutamente ninguna de las personas que allí se hallaban ahora le resultaba particularmente conocida. Por el momento, pensó, eso estaba bien. Claro que ellos podían disponer de gente a sueldo; de hombres a quienes ella no conociera en absoluto. Gente especializada en misiones semejantes. Había muchos profesionales del crimen. Y ellos podían manejarlos a su antojo.

Sin embargo, algo le decía que quien tuviera que ocuparse de ella, sería alguien de mayor importancia que un vulgar ejecutor por contrato. Ellos no querrían fallar en esta ocasión. Se jugaban demasiado en el envite.

Si ella llegaba sana y salva a Montreal, si lograba ver a la persona que necesitaba e informada urgentemente de todo... quizá muchas vidas se salvarían. La suya, una de ellas. Cuando los demás supieran lo que ella conocía, su vida ya no peligraría. No tendría objeto matar a alguien que ya había transmitido toda su información. Ahora era diferente. Ahora *sólo ella* sabía la verdad. Y eso era saber *demasiado*. Un complot capaz de reportar millones y millones a alguien, se desplomaría sin remedio cuando ella pudiera dar su informe. Un informe que en Nueva York le era imposible comunicar a nadie. Algo que urgía. Y que en Estados Unidos quizá nadie querría creer.

Era demasiado riesgo intentar nada, allí. Debía ir a Montreal. Debía de hablar con las personas adecuadas. Las que creerían sus palabras.

Las que pondrían rápidos medios para impedir el desastre...

Los últimos viajeros estaban entrando en el avión. Ya faltaba muy poco para despegar. La muchacha del cabello color fresa levantó la cabeza. Miró de soslayo por encima del respaldo de su asiento. Se llevó un sobresalto.

El hombre de la barba frondosa y las gafas azules, acababa de subir a bordo.

Dominó como pudo su agitación. Fingió continuar indiferente, mirando por la ventanilla al suelo del aeropuerto, a las instalaciones del mismo.

«Es una tontería —se dijo—. Naturalmente que ese hombre sube en este mismo avión. ¿Por qué no? Estuvo en la oficina de la Canadian. Eso quiere decir que va a Montreal. Quizá a los Juegos. Puede ser periodista, miembro del Comité Olímpico Internacional, directivo de alguna delegación participante... O sólo un viajero, un turista espectador... ¿Qué importancia tiene que ese hombre, a quien no conozco, viaje aquí, en mi mismo avión? La gente sospechosa no ha de llevar forzosamente una barba tan llamativa... Es ridículo pensarlo...».

Se dijo que, ciertamente, empezaba a dejarse dominar por sus nervios. También había que reconocer que era la primera vez que se encontraba en un trance así. Ella no había sufrido nunca nada parecido. Saberse vigilada, acosada, perseguida..., ¡amenazada de muerte por unos asesinos implacables!... Eso jamás soñó que, pudiera ocurrirle.

Si no hubiera pretendido saber demasiado... Si no hubiese sido demasiado curiosa, pretendiendo llegar al fondo de un oscuro asunto que no entendía...

Ahora era ya tarde para lamentarse. Lo cierto es que averiguó una verdad que, para alguien, significaba el desastre si la dejaban ir con vida y revelarlo a las personas adecuadas. Y sus últimas horas en Nueva York, habían sido francamente angustiosas.

Aún podía recordar el modo en que le fue posible dar esquinazo a quienes la seguían; la forma en que eludió ser arrollada por un coche que fingía ir sin frenos... Y las amenazas.

Sobre todo, aquellas amenazas. La voz susurrante, al teléfono. El mensaje depositado en las oficinas... Su carrera desesperada por huir del peligro. Y aquellas palabras escritas, aquella voz en el

receptor telefónico:

—Es un grave error... No podrá escapar nunca... La tenemos acorralada... Es mejor que se entregue a nosotros... Aún tiene una posibilidad de salvar su vida... Queremos lo que lleva consigo. Queremos que no llegue a tiempo de revelarlo a nadie... Piénselo bien, señorita Miller. No irá lejos. Nunca podrá hacer lo que piensa... No lo permitiremos... Insista en su idea... y será lo último que haga... Piénselo bien. No trate de llegar a Montreal. Eso firmaría su sentencia definitiva... Aún está a tiempo. No arriesgue su vida... Nosotros llegamos siempre adonde sea. No tiene escapatoria...

Frases así le daban vueltas angustiosamente en la cabeza. Lo peor es que temía que tenían ellos razón. Pero no podía fiarse. No iba a entregarse estúpidamente. Dudaba mucho de que una gente capaz de matar masivamente, fueran a detenerse por una vida más o menos. Ella no les importaba nada. Era un peligro. Ciertamente podían retenerla, mantenerla cautiva hasta que hubieran conseguido sus propósitos. Eso es lo que insinuaban en sus amenazas. Pero ¿la dejarían realmente en libertad, una vez alcanzado su objetivo? Lo dudaba mucho. Además, estaba su conciencia...

No podría soportar aquellos sacrificios. Enterarse por prensa, radio o televisión del horror que sacudiría muy pronto un lugar destinado a solazar, a ser escenario deslumbrante de unas manifestaciones deportivas a escala mundial, de una limpia competición entre atletas de todas las razas, ideas y nacionalidades.

No, no podía permitir eso. Se consideraría tan culpable de cada violencia, de cada muerte, de cada tragedia, como si ella misma fuese la autora de los hechos. Callar aquella verdad tan terrible, significaba convertirse en cómplice de los asesinos.

No lo haría. Estaba decidida. Jane Miller llegaría hasta el fin, fuese éste cual fuese. Por eso viajaba ahora en el *Boeing* que había de conducirla a Canadá, al escenario de la Olimpiada de 1976.

Para evitar que horrores como aquel que se desencadenó cuatro años antes, en otra Olimpiada, esa vez en Múnich, pudieran repetirse ahora. Lo peor es que, esta vez la sangre y el terror iban a ser infinitamente más copiosos que entonces. El complot de esta ocasión no tenía precedentes en la historia de anteriores dramas

terroristas acontecidos en el mundo.

Y lo peor sería que, al desencadenarse los hechos, iban a ser atribuidos a muchas personas y naciones que eran totalmente inocentes del caso. Mientras los verdaderos responsables se mantendrían en la sombra, amparados en su siniestro anonimato.

Cuando el reactor despegó. Jane Miller respiró con profundo alivio. El viaje a Montreal se iniciaba, al fin. Y nada le había sucedido. No tenía nada que temer a bordo. El asesino o asesinos, no podían recurrir a los fatídicos ingenios explosivos, a bordo. Las autoridades, tanto en Estados Unidos como en Canadá o cualquier otro país que mantuviera vuelos regulares o *chárter* con Montreal en esas fechas, habían extremado las precauciones hasta extremos increíbles, y cualquier explosivo, cualquier tipo de bomba, por complejo que fuese, hubiera sido detectado inmediatamente entre los viajeros o equipajes.

El vuelo, por tanto, sería tranquilo en ese sentido. La muchacha del pelo color fresa, estaba convencida de ello.

Aun así, miró de soslayo, por encima de su hombro, hacia atrás. El hombre de la barba abundante y las gafas de vidrios azules, se acomodaba justamente dos filas más atrás. Parecía muy interesado contemplando el suelo, ya lejano, bajo la sombra de las alas del poderoso reactor.

Trató de tranquilizarse. Pero no era fácil. Seguía pensando. Aún le quedaba lo peor. Llegaría a Montreal, sí... Pero ¿y después? ¿Le sería posible llegar hasta las personas que debían ser informadas antes de que fuese demasiado tarde? ¿Podría entregar aquello tan preciado que llevaba consigo?

—Un momento, por favor —reaccionó, de repente, deteniendo a la azafata que pasaba junto a su asiento.

—¿Sí, señorita? —indagó la empleada con su mejor sonrisa.

—¿Podría enviar un radiograma a tierra? Es muy urgente...

—Bien, señorita. No es habitual, pero puede hacerlo, con costo a su cargo, naturalmente.

—Naturalmente —asintió la muchacha, nerviosa. Escribió con rapidez unas líneas sobre el papel de bloc que puso ante sí, en la mesita plegable del asiento. Lo tendió a la azafata con un billete de veinte dólares— Por favor, transmítanlo. Es muy importante.

—Muy bien —la azafata leyó por encima el breve texto, mirándola

intrigada—. Así lo haré, no lo dude. Le devolveré el cambio, una vez me indiquen su costo exacto...

Se alejó con el texto. Jane, nerviosa, miró alrededor suyo otra vez. Sacó un pequeño estuche de polvo compacto y arregló el maquillaje de su nariz, mirando por el espejito hacia atrás.

¿Era imaginación suya... o el barbudo contemplaba con ojos muy fijos a la azafata, mientras ésta se alejaba hacia la proa del aparato? Luego, cuando tuvo la intuición de que la mirada se dirigía a ella, cerró con premura la polvera y la guardó. Sus manos temblaban. Pero se sentía satisfecha, en parte. Al menos, alguien iba a recibir un mensaje. No era gran cosa, pero si ella moría antes de revelar nada a nadie, al menos quedaría una pista tras de sí. Una pista de las razones por las que ella sería asesinada...

II

«Estoy en peligro. Conozco un terrible secreto. Si algo me sucede, tomen medidas excepcionales. Una amenaza siniestra se cierne sobre las Olimpiadas. Hay vidas humanas en juego. Muchas vidas. Llevo consigo algo revolucionario que puede cambiar muchas cosas en el mundo. Es preciso que lo conserve. Si muriese antes de entregarlo a quien procede, busquen en Montreal a un hombre llamado Skalko. Y un apartado postal o caja alquilada con las cifras

DL-773.

No dejen de atender mi mensaje. Es vital.

»*Jane Miller*».

—Jane Miller... —suspiró el capitán Vernon, de la Policía Montada del Canadá, tras mostrar el mensaje radiográfico a su interlocutor y recuperarlo luego—. ¿Qué opina usted de esto, amigo mío?

—No sé... —El hombre alto, bronceado, de ojos verdes, se encogió de hombros, con gesto ensombrecido. Al sacudir la cabeza se agitaron sus revueltos, rebeldes cabellos castaños, con un matiz rubio dorado, algo oscuro. La atlética figura se inclinó sobre la mesa del oficial de policía canadiense, y estudió a éste con interés—. ¿Debo pensar algo, capitán?

—Supongo que sí... Todos debemos de pensar. Es un endiablado asunto sin pies ni cabeza. Pero algo tenemos seguro, y bien seguro: ese mensaje fue escrito y transmitido desde el *Boeing* de línea regular Nueva York. —Montreal, de la Canadian Air Lines. Le fue entregado a la azafata por una muchacha de cabellos color fresa y gafas de sol con vidrios espejeantes, color oro. Eso está comprobado ya por la propia azafata de a bordo que se hizo cargo del texto. Añadió que la muchacha parecía muy asustada.

—Y evidentemente, tenía motivos para ello —resopló el joven de ojos verdes y piel bronceada—. Motivos que ya nunca nos dirá la

pobre chica...

—Exacto, Colé. Los muertos no hablan. Y la infortunada chica, Jane Miller..., está ya muy lejos del mundo de los vivos. Asesinada en Montreal, amigo mío. En el propio aeropuerto de la ciudad. Y, lo que resulta más increíble, asesinada por su propio jefe de empresa, que es, a la vez, tío suyo: Zachary Mulder...

* * *

—¡Eso es absurdo! ¡Es un puro disparate! ¡No tiene el menor sentido, capitán Vernon! ¡Juro que no maté a mi sobrina! ¿Cómo podía hacerlo yo, precisamente yo? ¡Mi cuñado, al morir, me dejó al cuidado de ella, y he procurado siempre que Jane viviera sin recordar demasiado el vacío que le dejaron sus padres! ¡Mi esposa, su propia tía directa, hermana del hombre que me encargó la tutela de Jane, sufre en estos momentos una crisis nerviosa en Nueva York, apenas se ha enterado del suceso! ¡Y mi esposa no tiene demasiado fuerte el corazón, capitán! Todo esto puede reportarle serios disgustos a su salud, en el mejor de los casos.

—Lo siento, señor Mulder —suspiró el oficial de la policía canadiense—. Yo no puedo evitar que su sobrina Jane esté ahora en la Morgue de Montreal, dentro de un cajón frigorífico, esperando ser inhumada, tras la autopsia...

—Por favor —se crispó el gesto del hombre de cabellos blancos, intensamente blancos y cuidados, de rostro todavía joven, enérgico, anguloso y bronceado por el sol. Su mirada azul se clavó, casi patética, en el capitán Paul Vernon—. No mencione ciertos detalles, capitán. Aunque crea estar hablando con un asesino sin conciencia, capaz de matar fríamente a su propia sobrina, le repito que soy por completo ajeno a ese horrible hecho. Y hasta creo que podré demostrarlo, si me dejan hacer algo que no sea permanecer incomunicado en esta celda, a la espera de la visita de un abogado...

—La ley es la ley, señor Mulder. Sólo puede comunicar con su abogado, por el momento. Yo quisiera creer en su inocencia. Pero dese cuenta de que más de cien testigos han identificado sus fotografías como las correspondientes al hombre que disparó sobre Jane Miller con una pistola provista de silenciador, una «Magnum

357» de gran potencia, cuya bala destrozó el corazón de la infortunada muchacha con un solo impacto, a más de treinta metros de distancia. Le vieron disparar, le vieron arrojar el arma con su mano enguantada, y huir del aeropuerto rápidamente. Tenemos viajeros, empleados del aeródromo, taxistas, un conductor del *bus*, un par de agentes de policía... Todos ellos, sin lugar a dudas, identificaron su rostro entre docenas de fotografías diversas, algunas de ellas de personas semejantes a usted, en cierto modo. ¿Qué puede decir a tal cosa?

—No lo sé, capitán —gimió Zachary Mulder, hundiendo su cabeza, abatido, entre ambas manos—. No puedo entenderlo. No me cabe en la cabeza que estas cosas estén ocurriendo. Yo he venido a la Olimpiada, como director general de Publicidad Internacional Olympic, especializada en campañas de propaganda deportiva. Hemos desarrollado el lanzamiento de determinados materiales de deporte que se utilizan en esta Olimpiada, y vamos a filmar aquí otra fase de nuestra futura campaña postolímpica. Jane había prometido venir, pero se demoró últimamente, en más de cuarenta y ocho horas. Me preguntaba qué podía estarle sucediendo en Nueva York... cuando me arrestan sus agentes, capitán, y me acusan... ¡de asesinar a mi propia sobrina! Eso es horrible, no tiene el menor sentido...

—Quisiera creerle, señor Mulder. Pero no me es posible. Las evidencias son abrumadoras. Además, su sobrina murió con un gesto de horror e incredulidad en el rostro, que parece demostrativo de que, al verle disparar sobre ella, la impresión fue terrible.

—¡Capitán, yo nunca disparé sobre Jane! —exclamó Zachary Mulder, exasperado—. ¡No sé qué clase de maldito complot es éste, pero yo no tengo nada que ver en su muerte! ¡Es más, sólo ese hecho pesa sobre mí con mayor fuerza que mi propia situación actual! Yo estoy encarcelado, absurdamente encarcelado..., pero ella está muerta, capitán. ¡Es un crimen sin sentido, un asesinato cobarde y absurdo, capitán Vernon! Pero algo que yo jamás haría, ¿no se da cuenta?

—Como le he dicho, me es imposible dar crédito a sus palabras. Tantos testigos no pueden equivocarse, esté seguro. Admito que es disparatado imaginar a un hombre que ni siquiera se enmascara, se deja ver por todo el mundo, y más tratándose de una persona fácil

de identificar, como es usted. Vistas así las cosas, se nota algo extraño en todo ello. Pero ¿qué? Por ahora, no cabe ninguna otra teoría. Su sobrina envió un mensaje por radio desde el avión. Estamos tratando de saber lo que significa, pero no va a ser fácil. Y, desde luego, usted no era su destinatario. Si es su tío y confiaba en usted, ¿por qué no lo hizo, en vez de elegirnos a nosotros, al Cuartel de la Real Policía Montada del Canadá en Montreal?

—No puedo saberlo. No sé lo que pasaba por la mente de mi sobrina Jane, pero... existe una fácil explicación para que, en un momento de urgencia, no fuese yo el destinatario de ese mensaje de mi sobrina.

—¿Cuál?

—Ella sabía que yo alternaba estos días mi trabajo y estancia entre Montreal y Ottawa, e incluso desconocía el hotel en que me alojaba en Montreal, ya que vine aquí sin reserva de alojamiento, y fue el Comité Olímpico, unos amigos que tengo en la organización, los que me buscaron una habitación en el hotel Sheraton Mount Royal. Cuando llamé por teléfono a mis oficinas para comunicarles mis señas aquí, Jane ya no estaba. Recuerde que disponía de ocho días libres, para reunirse posteriormente conmigo en esta ciudad, durante los Juegos Olímpicos. Y para eso sólo faltan ya tres días, exactamente.

—Cierto, señor Mulder. Estamos a catorce de julio, lo recuerdo muy bien. Contamos los días que faltan para la inauguración de la Olimpiada en el Estadio Olímpico, no lo dude. Y no sólo por su significación deportiva, social y nacional, sino porque siempre se teme lo peor, especialmente desde Múnich hacia acá... Ese mensaje no ha contribuido precisamente a tranquilizarnos, puede creerlo. Y mucho menos, cuando tratando de identificar a la señorita Miller de alguna forma... nos hemos encontrado con su cadáver tan sólo.

—Terrorismo... —Con ojos muy abiertos, intensamente azules, Zachary Mulder contempló fijamente a su interlocutor, ahora—. ¿Es eso lo que piensa? ¿Pudieron ser terroristas los que dispusieron el asesinato de Jane?

—No lo sé, señor Mulder. Lo que sí puedo asegurarle, es que judíos y palestinos pueden ser causa de graves problemas para nosotros. O los irlandeses, en relación con la delegación olímpica británica, pongamos por caso... Hay actualmente tanto terrorista diferente en

nacionalidad, pero igual en métodos... Incluso los moluqueños pueden resultar peligrosos, en relación con los representantes deportivos de Holanda...

—Capitán Vernon, admito que soy americano descendiente de irlandeses, como la pobre Jane lo era —suspiró Mulder—. Pero mientras ella era católica, por serlo sus padres, yo soy de religión hebrea, y también de igual raza... Por tanto, excepto el nacionalismo de las Molucas, en mí se pueden aunar ambas sospechas —sonrió amargamente—. Es un indicio acusador más, que puede añadir a mi atestado. Pero le juro que no simpatizo con el terrorismo sionista, ni con el IRA irlandés. Aunque tampoco, ciertamente, con los comandos palestinos. Toda violencia es condenable, venga de donde venga. Es mi idea. ¿Cómo un hombre así puede asesinar... a su propia sobrina, una muchacha como la pobre Jane? ¡Es monstruoso!

Paul Vernon se limitó a contemplar al hombre que clamaba por su inocencia con tono tan desgarrado y amargo. Evidentemente, en aquel rostro enérgico, de duros trazos se leían emociones impropias de un asesino. El capitán Vernon veía algo raro en todo ello, empezando por lo que más le intrigaba: ¿qué criminal actúa a cara descubierta, ante todo el mundo, permitiendo que un centenar o más de testigos puedan acusarle? Ir a esperar a su sobrina al aeropuerto de Montreal, disparar sobre ella a sangre fría, delante de todo el mundo, huir luego sin tapar su rostro... Y, finalmente, dejarse arrestar pacíficamente, sin oponer la menor resistencia, clamando por su inocencia, en su propio hotel, el Sheraton Mount Royal, de Peel Street...

Había algo raro en todo eso. Algo poco claro, tenía razón Mulder. Las cosas distaban mucho de estar tan claras como parecían. Pero mientras no hubiera otra cosa..., ¿qué podía hacer sino mantener encarcelado a Zachary Mulder, a la espera de las investigaciones encaminadas a dar con un hombre llamado Skalko, en Montreal, y con una caja o apartado postal número

DL-773,

en alguna parte de la ciudad...?

Era el mensaje póstumo de una joven asesinada despiadadamente pocas horas antes. Una mujer que sabía demasiado sobre alguna cosa relacionada con los Juegos Olímpicos de 1976...

¿Terrorismo, quizá? El capitán Vernon hubiera jurado que sí. Sólo un acto terrorista a gran escala podía poner en peligro la celebración de la Olimpiada... y las vidas de muchos seres humanos, como aquel radiograma urgente señalaba.

Pero si era así..., ¿dónde y cuándo iba a tener lugar tal hecho?

El Gobierno canadiense había adoptado todas las medidas imaginables. Faltaban sólo tres fechas para la inauguración de los Juegos, y miles de policías, agentes especiales, uniformados o secretos, perros adiestrados especialmente, tiradores selectos y cuantas medidas de seguridad se podían aplicar en torno a la Ciudad Olímpica situada en el Parque Maisonneuve, permanecían en constante alerta en los terrenos destinados a la gran convención mundial del deporte.

Bajo la bandera de los cinco aros y la figura graciosa del castor, mascota de los Juegos, miles de seres en el Canadá, millones en todo el mundo, esperaban la fecha de la inauguración. Y, en el fondo, todo el mundo temía que los sangrientos hechos de Múnich pudieran llegar a repetirse en cualquier momento, ya que el planeta parecía haberse vuelto loco, ebrio de sangre y de destrucción, en los últimos tiempos...

Paul Vernon dejó de dar vueltas en su mente a todos estos temas. Afuera del edificio esperaba en su automóvil deportivo el hombre con quien hablara poco antes en su despacho del Cuartel de la Policía Montada, comentando el mensaje postrero de Jane Miller. Los verdes ojos, en el rostro bronceado y viril, tenían un destello de inteligencia, bajo la luz del brillante sol que lucía en los últimos días sobre la ciudad canadiense.

—¡Hola, capitán! —saludó agitando una mano—. ¿Lo llevo a alguna parte?

—Sí, gracias —suspiró el oficial de policía—. En otros tiempos íbamos por esos mundos a caballo, luciendo nuestra guerrera escarlata y nuestro pantalón azul con galón dorado, nuestras botas charoladas y nuestro correaje impecable. ¡Ah, eran otros tiempos, mi querido Reeves! Está bien, usemos el coche para desplazarnos ahora... Quiero ir al hospital. El forense ha debido terminar ya la autopsia. Me gustaría conocer sus resultados definitivos, aunque resultan fáciles de imaginar...

—Muy bien, capitán —sonrió el hombre de los ojos verdes, con

gesto pensativo—. Iremos allá. Pero ya he hablado por teléfono con el forense. Conozco el resultado de la autopsia.

—¡Vaya por Dios, Reeves! ¿Es que siempre se anticipa usted a todo lo que nosotros pretendemos hacer, en la policía? —se quejó el capitán Vemon, mirándole irritado.

—Es nuestro deber anticipamos a *todos* —sonrió tristemente el hombre llamado Reeves—. Por desgracia, no siempre es así. Los asesinos, los delincuentes internacionales acostumbran a llevar la iniciativa. Y entonces nos conformamos con castigarlos, ya que otra cosa es imposible. Mi departamento debería haber impedido la muerte de esa pobre muchacha.

—Eso nadie podía preverlo, Reeves.

—No, claro. Por eso digo que no somos perfectos, ni mucho menos..., aunque nos califiquen de adelantados a los demás. El Departamento de Inteligencia del Gobierno canadiense no ha tenido, anteriormente, muchas posibilidades de lucir su capacidad de trabajo. Ojalá no fuera éste el momento de demostrarlo, la verdad. No me gustaría que la Olimpiada estallara en nuestras manos como una bomba con espoleta retardada...

—Dios no lo quiera. Pero esa chica se relacionaba con algún peligro que nos acecha, no hay duda alguna ante ese mensaje enviado desde el avión...

—Yo me pregunto, capitán..., ¿por qué envió ella, desde el avión, ese radiograma? —preguntó de pronto Mark Reeves, agente especial del Servicio de Inteligencia del Gobierno del Canadá.

—Sí, eso es cierto. Algo debió asustarla de repente, más aún de lo que la preocupaba al tomar el avión para Montreal. Acaso algún viajero, no sé... Se sabía predestinada a morir. Se desprende del mensaje. Pero ¿qué secreto pudo conocer ella que no se atrevió a notificar a la policía de Nueva York, a un consulado canadiense, incluso a la Interpol, o a las propias autoridades aéreas, en el aeropuerto Kennedy o a bordo del avión?

—No lo sé, capitán. Todo esto es un gran enigma. Además, ¿qué relación puede tener con algo ilegal e incluso peligroso, una muchacha que era solamente diseñadora de campañas publicitarias?

—Esa relación podía estar... en su tío, Zachary Mulder, amigo mío —suspiró Vernon.

—Sí, claro. —Reeves arrugó el ceño, mientras el coche viraba a la

altura de Dorchester con Drummond, frente a la terminal de autobuses de Montreal—. ¿Qué impresión ha sacado de su visita a ese hombre?

—¿A Mulder? —Vernon sacudió la cabeza con desaliento—. No sé, amigo Reeves. Está todo tan claro, que me asusta. Nunca un criminal fue tan estúpido. Ni tan despiadado, claro. Le vio todo el mundo. Y nunca ocultó su rostro ni su identidad a nadie. Luego, parece que se quedó sentado en el hotel, a la espera de los agentes que fueron a arrestarle. ¿Eso tiene sentido, Reeves?

—No, ninguno —confesó el agente de Inteligencia—. Es absurdo.

—Absurdo, sí. Ésa es la palabra... ¡Cielos!, sólo eso nos faltaba. Tenemos a un ciudadano de Estados Unidos, conocido y prestigioso, acusado del asesinato de su propia sobrina. Y resulta que, además, algo amenaza a los Juegos... En fin, dejemos eso ahora. ¿Qué le dijo el forense, Reeves?

—Nada que no fuera previsible. La bala destrozó su corazón en el acto. Fue causa de su muerte. Un disparo certero, con una bala de gran calibre, disparada por la «Magnum 357» que dejó abandonada el criminal. Pobre chica...

—¿Han revisado todas sus ropas y pertenencias? —quiso saber el capitán de la Policía Montada.

—Sí, lo hicieron. Y cada objeto que llevaba en su bolso ha sido escrupulosamente revisado en los laboratorios. No hay nada especial en todo ello.

—¿Nada?

—Nada. Ese algo *revolucionario que puede cambiar muchas cosas en el mundo*, por repetir las palabras de la muchacha en su mensaje, no ha aparecido por parte alguna.

—Uno podría pensar que la chica estaba trastornada, medio loca, y fantaseaba sobre las cosas... si no fuera por el modo en que terminó su vida... —comentó, entre dientes, el capitán Vernon.

—Pienso igual que usted. Todo suena en ese mensaje a pura fantasía. Quizá por eso, ella no se atrevió a hablar con nadie, a denunciar lo que sucedía. ¿La hubieran creído, con semejantes referencias por delante como las que expone en el mensaje?

—No, seguro que no —suspiró el policía con amargura—. Sin embargo, de repente tomó su decisión y trazó ese texto. ¿Por qué? Algo, sin duda, la asustó más todavía. Y fue en ese avión... Reeves,

quiero que obtengamos la lista de *todos* los pasajeros a bordo. Y localizarlos en Montreal, o donde estén, en menos de veinticuatro horas. ¿Podrá colaborar su Departamento con nosotros?

—Por supuesto, capitán. Nos ocuparemos de ello, palabra. Ahora trataremos de sincronizar nuestra tarea de una forma bien programada, esté seguro de ello. Me encuentro tan interesado como usted en resolver el problema. ¿Se imagina lo que sería para nuestro país enfrentarnos a una crisis semejante a la de Alemania, cuando en la capital de Baviera estalló aquel caos de violencia y de sangre, con la actitud de unos guerrilleros árabes y la reacción quizá precipitada, quizá no, de la policía alemana? No quiero ni pensarlo, capitán Vernon.

—Yo tampoco —resopló el oficial de la Policía Montada—. Sobre todo, busquemos a ese hombre llamado Skalko. Por su nombre podría ser checo, yugoslavo, acaso de otro país de Centroeuropa... No sé. Los viajeros del avión y el tal Skalko, pueden ser decisivos.

—Se les buscará. Pero usted leyó también algo sobre un apartado postal, una caja privada o cosa parecida...

—Eso es. La

DL-773...

La estamos intentando localizar, tanto en los Servicios Postales de Montreal como en los Bancos, cajas de alquiler, apartados de consignas y todo eso... Por el momento, el resultado sigue siendo nulo.

—Ya. Sin embargo, la chica, Jane Miller, afirmó que en sus cosas llevaba ese *algo que podría cambiar el mundo*. Y nadie ha encontrado nada en los laboratorios. ¿Por qué?

—Parece obvia la razón: o ella no lo llevaba realmente consigo... o alguien se lo quitó entre el momento de emitir su mensaje a bordo, y el instante de ser recogida del suelo por la policía y los funcionarios del aeropuerto de Montreal, para conducirla a la enfermería.

—Por lo tanto, en ese período de tiempo, pudo ser robado por alguien.

—Si era muy pequeño, algo fácil de recoger sin ser advertido..., sí. No me sorprendería que fuese así. En cuyo caso... resultará poco menos que imposible saber lo que ello pueda ser...

Ambos hombres permanecieron callados, mientras el automóvil

seguía circulando por el centro comercial de la ciudad. Numerosos anuncios sobre la Olimpiada les recordaba, casi obsesivamente, al paso de fachadas, pasquines, pancartas, postes publicitarios y escaparates, la amenaza siniestra e inconcreta que, sobre los más antiguos Juegos de la Humanidad, se cernía en estos momentos.

—No sé, capitán... —dijo Reeves, tras un largo silencio, cuando el automóvil deportivo, un «Jaguar» azul eléctrico, enfilaba ya hacia University, camino del hospital donde se había efectuado la autopsia de Jane Miller—. De todos modos, sigo pensando que ese *algo* que la chica llevaba consigo... pudo ser la causa de su muerte. Y de otras muchas cosas que pudieron suceder antes... y que van a suceder en las próximas horas.

—Me preocupan sus palabras, amigo Reeves —confesó el policía, sombríamente—. ¿Qué es lo que va a suceder en Montreal?

—Lo ignoro..., pero me temo que no sea nada bueno. Ni para usted, ni para mí..., ni para la Olimpiada y el propio Canadá, estoy seguro... Dios quiera que me equivoque, capitán Vernon.

No. Mark Reeves, de la Inteligencia canadiense, no se equivocaba.

El capitán Vernon estuvo más seguro de ello que nunca, cuando sus agentes lograron, al fin, localizar al hombre llamado Skalko, en Montreal.

Lo peor es que Skalko... estaba muerto cuando apareció.

III

Muerto.

Asesinado, evidentemente. De ello no había duda.

La primera impresión resultó cierta. Le habían metido un proyectil en la cabeza. Una bala de calibre 45 que hizo enormes destrozos. El capitán Vernon tuvo enseguida el presentimiento de que aquel disparo tuvo que hacerse con una «Magnum» de gran potencia, quizá una 357, como en el caso de Jane Miller...

Luego, supo los detalles concretos del crimen, mientras sus expertos comenzaban el trabajo en torno al cuerpo del hombre llamado Skalko, que resultó ser de nacionalidad checoslovaca, aunque nacionalizado norteamericano hacía algunos años. Su profesión, según su documentación, era la de químico industrial.

—Le mataron desde un automóvil, capitán —dijo gravemente el oficial de policía que había atendido el caso inicialmente, antes de que una llamada atrajera allí en el acto al capitán Paul Vernon—. Todos pudieron ver al asesino perfectamente.

—¿Cómo? —preguntó el capitán, sorprendido—. ¿También esta vez?

—Sé a lo que se refiere. Sí, como en el caso que usted lleva, el del aeropuerto... El hombre que disparó lo hizo desde el automóvil, detenido en aquella esquina —señaló un punto de la calle, distante de allí cosa de veinte o veinticinco yardas—. Al parecer, Skalko acostumbraba a venir a este establecimiento a comer o a tomar unas copas. Hoy no fue una excepción. Pero apenas llegó a la puerta, se bajó el cristal de la portezuela del coche apartado, y el hombre hizo un solo disparo. Apenas si sonó como un chasquido, ya que llevaba silenciador. Skalko cayó en la acera, tal como está ahora, muerto en el acto sin duda alguna, ya que la bala le alcanzó el occipital, destrozándole el cráneo. El agresor puso el coche en marcha. Arrancó y se alejó, tras acelerar al llegar al cruce, salvando el semáforo en rojo. El agente de tráfico hizo sonar su silbato repetidamente, hasta que llegó un motorista, pero ya era tarde. El coche había desaparecido, aunque el agente, por supuesto, tomó

nota de su matrícula. Y ciertamente, corroboró lo que dijeron varios testigos del suceso: también él pudo identificar, sin lugar a dudas, al hombre que conducía el automóvil y que disparó sobre Skalko.

—Vaya. —Eso puede simplificar las cosas— comentó Vernon, ceñudo. —O complicarlas más aún. Los casos demasiado fáciles empiezan a no gustarme. ¿Cómo han descrito los testigos al asesino?

—No ha hecho falta que lo describieran, señor —suspiró el policía—. Se han limitado a dar su nombre.

—Su... ¿qué? —exclamó Vernon, asombrado.

—Lo que ha oído, capitán. Todos coinciden, sin lugar a dudas: ese hombre era precisamente el propietario del automóvil cuya matrícula fue anotada por el agente de tráfico. Hemos comprobado ya eso. Sólo esperábamos informarle a usted... para proceder al arresto inmediato del culpable.

—¿Y... quién es él? —preguntó el oficial de la Policía Montada, con tono cauteloso.

—Es... es el financiero canadiense Howard Metcalf, señor. El en persona...

—¡Metcalf! —boqueó el capitán Vernon, atónito—. ¡Uno de los miembros más destacados del Comité de Organización de los Juegos Olímpicos! ¡Una personalidad pública en el país!

—Exactamente, señor. ¿Comprende ahora por qué prefería esperar a hablar con usted, antes de proceder a su arresto?

Paul Vernon ni siquiera supo qué decir. Estaba demasiado aturdido para ello.

* * *

Mark Reeves contempló fijamente a la joven sentada frente a él. Evitó mirar sus bien torneadas piernas, que la corta falda del uniforme de azafata dejaba al descubierto.

Y procuró concentrarse en su bonito rostro, ahora pensativo y como ligeramente preocupado.

—Fue todo realmente terrible, señor Reeves —confesó ella—. Había atendido a aquella joven durante el viaje. Yo trasladé su radiograma al comandante de a bordo... Verla morir de aquella forma, en el propio aeropuerto, me causó una impresión terrible, se lo aseguro.

—La creo, señorita... —Consultó sus notas, pensativo—. Señorita Kelly, usted es una de las personas que identificaron la fotografía de Zachary Mulder como la del autor del disparo homicida, ¿no es cierto?

—No era nada difícil hacerlo. Le vi claramente, mientras arrojaba el arma y echaba a correr. Es un hombre inconfundible.

—Exacto. Inconfundible. Cabello blanco, piel bronceada, ojos azules, alto, delgado, bien vestido... —Reeves frunció el ceño, mientras describía al tío de Jane Miller—. Supongo que ese caballero no viajó en ningún momento a bordo del avión...

—¿En el vuelo Nueva York-Montreal? —La joven azafata movió la cabeza con energía—. ¡Oh, no!, en absoluto. Le hubiera reconocido en el acto. El parecía esperar en el aeropuerto la llegada de su sobrina para... ¡Cielos!, es tan horrible recordarlo...

—Lo comprendo. Dejemos eso. Estábamos, señorita Kelly, en la relación de viajeros que la compañía nos ha facilitado. He hablado con compañeras suyas. Y con varios pasajeros. Tengo localizados a todos los viajeros de ese vuelo... menos *uno*.

—¿De veras? —Pestañeó la joven, sorprendida.

—Eso es. Varias personas me han hablado de un determinado pasajero muy peculiar. Pero no responde su descripción a la de ninguno de cuantos hemos localizado en Montreal o en Ottawa. Por tanto, en buena lógica, ha de ser el que nos falta. Su nombre es Lawrence Turner. Su número de asiento... el 123.

—¿El 123? —Pestañeó la joven azafata—. ¡Oh!, espere un momento... La señorita Miller ocupaba un asiento cercano a ése. El... el 135, exactamente, si mi memoria no me falla.

—Exacto. Su memoria es excelente —sonrió Reeves, asintiendo—. El 135 es el asiento que ocupó Jane Miller en ese vuelo. Por lo tanto, el hombre que nos falta estaba dos filas tras de ella, en igual emplazamiento: el pasillo, a la derecha, visto desde la cola del avión.

—¡Eso es! —Los ojos de la joven brillaron con excitación—. Era él... ¡El hombre de la barba!

—El mismo —suspiró Mark—. Esperaba que usted misma lo dijese, para confirmarlo. El hombre de la barba. Es el que me han descrito varias personas. Una barba frondosa...

—Y gafas de sol de vidrios muy azules —recordó ella—. Montura

metálica.

—Plateada —sonrió Reeves—. Coincidimos en todo. Algo grueso, ¿no es cierto?

—Sí. Y alto.

—Se puede fingir la gordura con adecuados rellenos. Y una barba puede ser postiza. Nuestro hombre, cuando tomó tierra, debió cambiar su aspecto con rapidez. Y desapareció. Por tanto, hay muchas posibilidades de que viajara en ese avión vigilando de cerca a Jane Miller. Ella debió advertirlo o sospechó algo... y tuvo la idea de enviar el radiograma, por si algo le sucedía.

—Es evidente —la azafata se mordió el labio inferior, carnoso y bien dibujado—. Parecía asustada. Entonces no le di importancia. Pero luego he pensado tanto en ello... La recuerdo cuando me entregó el radiograma y los veinte dólares... Temblaba su mano. Y también cuando volví y le entregué su resguardo y el dinero que le sobraba, que era muy poco... Me dio las gracias. Parecía más tranquila, pero igualmente preocupada. Cuando me alejé, la vi sacar su polvera. Juraría que lo había hecho ya otras veces. No se arreglaba el maquillaje. Creo que usaba el espejo para mirar atrás... Quizá al hombre barbudo.

—Sí, podría ser que utilizase el espejo de su polvera para eso y... —Mark Reeves se detuvo un momento. Entornó los ojos, con una rara, repentina expresión de astucia—. ¡Un momento! ¿Ha dicho usted... *una polvera*?

—Sí, eso dije... —La azafata le miró con sorpresa.

—¿Está segura de haberla visto? ¿Ella manipuló una polvera durante el viaje?

—Desde luego. Totalmente segura. De no ser así, no lo hubiese mencionado. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por una sola razón, señorita Kelly: entre las pertenencias del bolso de Jane Miller que obran en nuestro poder... *no hay ninguna polvera*.

* * *

—Howard Metcalf... —Mark Reeves estudió, asombrado, la fotografía publicada en una de las portadas de la edición canadiense

de la revista *Newsweek*. Sólo los hombres notables, por una u otra causa, podían aparecer en semejante lugar de honor—. Es imposible, capitán Vemon.

—Imposible, claro. Pero contra esa imposibilidad teórica, está la cruda realidad, amigo: muchos testigos que le reconocieron. Todos coinciden. No hay error posible.

—Ya —suspiró Reeves, frotándose el mentón—. ¿Y... Metcalf? ¿Qué dice él a todo esto?

—No lo sé —gimió el oficial de la Policía Montada.

—¿No lo sabe? —Mark enarcó las cejas—. ¿Cómo es eso posible? ¿No dice nada? ¿Se niega a declarar?

—No es eso. Es que... aún no he procedido a su arresto, Reeves.

—¿Cómo es eso? —le contempló el agente especial, con gesto de extrañeza—. Podría escapar, evadirse impunemente...

—No, eso no. He hecho rodear su finca de la carretera de Toronto. No puede escapar. Pero... ¿cómo lo arresto, Dios mío? Es miembro del Comité Organizador de los Juegos tiene cargo en el COI, es socio de una industria de artículos deportivos que patrocina la actuación de varios equipos de baloncesto y *rugby* en los Estados Unidos y en Canadá... Precisamente la Federación Norteamericana de Baloncesto tiene anunciada una recepción oficial para mañana por la noche, a Howard Metcalf, con la asistencia de los jugadores del equipo yanqui de ese deporte, en vísperas de la inauguración olímpica... Es millonario, es prestigioso, posee negocios, controla altas finanzas en Montreal y Quebec... ¿Qué sucederá si hay un error en todo esto, como forzosamente ha de haberlo, Reeves?

—No lo sé, capitán. Es un problema serio, pero lo cierto es que alguien mató a ese químico checo, nacionalizado americano. Y para muchos testigos dignos de crédito, ese alguien es Metcalf. No se pueden hacer excepciones con nadie. Recuerde a Zachary Mulder.

—¿Cree que puedo olvidarlo fácilmente? Es un caso tan parecido... Como si se calcaran entre sí los hechos.

—Pero con diferente culpable —comentó Reeves entre dientes, paseando arriba y abajo con gesto ceñudo. Tras un silencio, añadió con diferente tono—: ¿Qué le ha parecido el asunto de la polvera con espejo?

—¡Oh, eso...! —Vernon movió la cabeza con desaliento—. Es... es otro hecho inexplicable. No figura ese objeto en el inventario, usted

lo sabe.

—Claro. Por tanto, faltaba en el bolso de Jane Miller. Y si lo tenía en el avión y luego... ¿qué pudo suceder con esa polvera?

—Reeves, no creo que este caso sea uno de esos asuntos de espionaje en los que un microfilme puede ir oculto en una simple polvera de mujer. Pudo extraviarla, simplemente. O dejarla olvidada en el lavabo del avión, en alguno del aeropuerto...

—Ya miré eso, capitán. En el lavabo del avión no se encontró nada, tras el vuelo Nueva York-Montreal. Ella no llegó a entrar en lavabo alguno cuando fue muerta. Acababa de cruzar el umbral de la puerta de acceso de las llegadas internacionales, cuando todo su cedió.

—Aun así, pudo caer del bolso, rodar por el suelo..., caer bajo cualquier asiento de la sala del aeropuerto... Alguien pudo recogerla, llevársela; no sé...

—Pudo ser. Pero cuando se recogió del suelo el bolso de Jane Miller, llevaba su cremallera *cerrada*. Era imposible que se saliera nada de allí, con esa cremallera ajustada, ya lo hemos comprobado. Y el bolso no tenía ningún otro compartimento exterior...

—Bien, Reeves. ¿Adónde quiere ir a parar, entonces? ¿Qué importancia dan a esa polvera en su Departamento, si puede saberse?

—Mucha, capitán —murmuró Mark, pensativo—. No podemos olvidar que el mensaje de la chica mencionaba *llevo conmigo algo revolucionario que pueda cambiar el mundo*... Y ella no llevaba consigo nada que respondiera a tal advertencia, al menos cuando sus pertenencias llegaron a nuestro poder. ¿Qué era *lo único* que faltaba? ¡La polvera! Y no sabemos dónde está, ni cómo desapareció. En cambio, sabemos que un hombre barbudo, extraño, posiblemente disfrazado, viajaba en el avión, cerca de Jane, y pudo asustarla lo suficiente para temer por su vida. Eso provocó el envío del mensaje, es obvio... Después, le robaron la polvera. Y fue asesinada...

—¿Qué es lo que puede contener una simple polvera, que posea tanta importancia?

—No sé... Cualquier cosa lo bastante pequeña para ir dentro. Tal vez un microfilme, como usted dijo. O un escrito pequeño, una anotación, un mensaje... En fin, no sé. ¿Se sabe algo sobre ese otro

punto oscuro, el apartado

DL-773?

—No, nada —suspiró Vemon—. Hay mucha caja de alquiler en Montreal. Y agencias que alquilan cabinas privadas. Y consignas, hoteles, incluso cajas fuertes de Bancos... Estamos en ello, pero, por ahora, sin el menor resultado.

—¿Ha pensado en la Villa Olímpica, capitán? —preguntó Reeves, de repente.

—En la... ¿qué? —Se sobresaltó el oficial de policía.

—La Villa Olímpica... Hay hoteles, Bancos, consigna de viajeros... Y las cuatro semipirámides destinadas a alojamiento de los atletas. Allí puede haber alguna caja particular, algún apartado, postal o bancario, que corresponda a esas cifras. Probar no cuesta nada. Y ya que el mensaje final de Jane Miller menciona las Olimpiadas, y ahora nos aparece un hombre identificado como autor de un asesinato que se relaciona con los Juegos, del mismo modo que podemos relacionar a Jane y a su tío por la publicidad olímpica..., ¿por qué no seguir la pista hacia el lugar donde la Olimpiada va a tener lugar, si alguna tragedia peor que la de Múnich no lo estropea todo?

—Apúntese un tanto en su marcador, Reeves —rezongó Vernon, entre dientes—. Acaba de marcar un buen gol. O una canasta excelente, elija el deporte que quiera, ya que en ello estamos metidos, al parecer.

Y se precipitó sobre su teléfono, dando dos órdenes apremiantes a sus subordinados.

La primera se refería a la búsqueda de una caja fuerte, una cabina alquilada o un apartado postal, telegráfico o de cualquier otro tipo, con las siglas

DL-773,

dentro de la Ciudad Olímpica que se levantaba en el Parque Maisonneuve de Montreal.

La segunda orden fue mucho más escueta y rotunda:

—Y arresten inmediatamente a Howard Metcalf. Acusado de presunto asesinato...

—Skalko..., Está muerto, ¡Dios mío...!

La muchacha se cubrió el rostro con ambas manos. Dejó caer el periódico sobre la alfombra del apartamento.

Su compañera de alojamiento enarcó las cejas. La contempló en silencio, con gesto pensativo. Ante el silencio de la otra, rompió la pausa:

—¿Le conocías?

—Sí —musitó su compañera—. Le conocía. Pobre Skalko... ¿Por qué tuvo que ocurrirle eso?

—Si tú sabes quién era, creo que puedes responder a eso mejor que nadie, Belinda.

—No, Celeste. No sé lo que pudo suceder. Skalko era un muchacho simpático y cordial. Le conocí en un vuelo de Nueva York, antes de que me destinaran a las oficinas de servicio de la Compañía aérea en el Centro Olímpico... Precisamente venía a la Olimpiada. Era un gran aficionado al baloncesto. Y al fútbol. Pero en América se juega un fútbol diferente al que él, como checo, estaba habituado a ver. Por eso prefería el baloncesto. Iba a ver todos los partidos de la Olimpiada. Me mostro su abono a la cancha de baloncesto olímpica. Parecía tan feliz, que resulta difícil ahora imaginarlo así, sin vida, muerto de un tiro en una calle de Montreal...

—Se parece mucho a ese otro crimen del aeropuerto, del que fue víctima la chica que viajó en mi avión, Jane Miller —observó Belinda Kelly, azafata de la Canadian Air Lines. Sacudió la cabeza, pensativa—. Parece que algo ocurre alrededor de estas Olimpiadas. Algo que no me gusta mucho... Belinda, ya te dije que hoy estuve hablando con ese joven tan atractivo, mientras tú estabas de servicio en la Villa Olímpica... Era un agente del Gobierno. Muy simpático e inteligente. Da la impresión de que nada escapa a sus ojos verdes y profundos... ¿Por qué todo esto parece tener una extraña relación, Belinda?

—No sé —la joven azafata Belinda Kerr inclinó la mirada—. En realidad, ni siquiera podemos estar seguras de que se relacione, Celeste...

—Tiene que relacionarse de alguna forma, compréndelo. Dos muertes casi exactas, y en ambos casos, un culpable que no se oculta de nadie, a quien todo el mundo ve e identifica. Resulta extraño todo eso, ¿no crees?

—Yo no soy policía —comentó Belinda—. Sólo pensaba en ese muchacho, Skalko... Aún recuerdo lo que me dijo durante el viaje, cuando charlamos sobre su futura estancia en Canadá. Iba muy animoso. Decía que, además de presenciar los Juegos, iba a formar parte de algo muy grande, algo que podía significar una fortuna para él... Nunca en su profesión había tenido una ocasión semejante. Y todo, dijo, porque confió en algo que ningún otro químico hubiera creído jamás, y trabajó en el perfeccionamiento de cierta fórmula que sólo él conocía actualmente, tras la muerte de su creador auténtico...

—No entiendo mucho de química, Belinda —miró curiosa a su amiga—. ¿Tú sí?

—Claro que no. Pero ahora que he leído la noticia de su muerte, no puedo por menos de pensar en todo ello y preguntarme cómo es posible que un hombre joven, lleno de ilusiones, pueda terminar así, tan brutalmente borrado de este mundo...

—Vivimos en un mundo de violencia, Belinda —suspiró Celeste Kelly, su compañera de apartamento y de profesión. Ambas azafatas compartían su alojamiento en aquella zona residencial de la ciudad canadiense, donde tenían su residencia habitual, ya que trabajaban hacía tiempo en la línea Nueva York-Montreal. Y a esos vuelos volvería Belinda cuando terminasen las Olimpiadas, y se cerrara la oficina establecida en la ciudad del deporte mundial durante aquellos inmediatos dieciséis días.

Unos días durante los cuales, ciento treinta y una naciones competirían por las medallas de oro, plata o bronce, practicando veintidós especialidades deportivas. Ocho mil atletas para el gran espectáculo del deporte ante más de cuatrocientos mil visitantes, y los cientos de millones de espectadores de todo el mundo que seguirían los Juegos a través de la pantalla policromada de la televisión en color.

—La violencia siempre me ha parecido gratuita y estúpida —murmuró Belinda—. Pero más en casos así, cuando parece incluso inútil, absurdo, que un hombre muera...

—Yo pensé lo mismo al ver morir a aquella pobre chica en el aeropuerto —se estremeció Celeste—. Y sin embargo, parece que alguna oscura razón debió existir para ello, aunque a mí se me escape por el momento. Ten en cuenta que no sólo la policía anda

tras esa pista, sino el propio Gobierno del Canadá. Y eso significa algo, ¿no?

—Sí, es evidente —suspiró Belinda Kerr. Miró su reloj de pulsera y se puso en pie, moviendo la cabeza. Se estiró y alisó su modelo especial de azafata destinada al Centro Olímpico. Sobre el pecho, los cinco aros y el castor destacaban en una placa de esmalte—. Bien, debo dejarte ya. Hay una buena distancia de aquí a la Villa, y además está el control policial en todos los accesos. Debo apresurarme para no llegar tarde al trabajo.

—¿Te gusta permanecer en tierra, mientras las demás seguimos volando? —sonrió Celeste, entregándole su gracioso gorrito azul.

—No mucho. Pero alguien debía ocuparse de esa oficina. Cuando menos, veré chicos guapos en abundancia. Estoy rodeada de atletas todos estos días... Y los hay bastantes atractivos, créeme.

Riendo, Belinda Kerr abandonó el apartamento y se encaminó a la Villa Olímpica, distante cinco kilómetros del centro residencial de la ciudad. De pronto, pareció acordarse de algo, mientras el autobús la conducía hacia el este de la ciudad. Abrió su bolso y rebuscó en él, hasta extraer algo entre sus dedos. Ese algo era una pequeña llave plana, modelo «Yale», dorada. Colgaba de ella un triángulo de plástico verde, con una cadenita también dorada.

La apretó con fuerza entre sus dedos, entornó los ojos, pensativa, mordiéndose el labio inferior, con gesto de concentración mental. Y también de inquietud y sorpresa.

—¡Cielos!, ¿cómo no lo recordé antes? —murmuró—. Debí haber informado de esto a Celeste. E incluso a la policía, creo yo... A fin de cuentas, ahora quizá nadie sepa que Skalko, el pobre muchacho checoslovaco, poseía esa cabina alquilada en el Centro Olímpico... y que por temor a perderla, me hizo a mí depositaria de su llave...

La llave era como cualquier otra de su tipo. El plástico triangular que servía de llavero, mostraba unas letras y cifras impresas:

DL-773,

exactamente.

IV

Howard Metcalf contempló con profundo asombro a los dos hombres.

—Supongo que todo esto no será sino una broma pesada... o un lamentable error, caballeros —dijo con su voz correcta, fría y educada.

—Por desgracia, no lo parece, señor Metcalf —replicó Vemon con sequedad—. Está acusado de asesinato en primer grado. Y le advierto que existen exactamente las declaraciones de veintiocho testigos, así como otras tantas identificaciones de su persona, que corroboran tal acusación.

—¡Veintiocho testigos! —Pestañeó él, asombrado—. Pero... pero esa gente ha de estar forzosamente loca, capitán. Jamás en mi vida hice daño a nadie. Mi persona, mi prestigio, mi posición social...

—Sé todo eso, señor Metcalf —le interrumpió gravemente el oficial de la Policía Montada—. Es más, entiendo lo que puede verse quebrantado todo ello por culpa de esta desagradable situación. Si usted me prueba, sin lugar a dudas, que *no pudo* matar al hombre llamado Brako Skalko, seré el primero en sentirme feliz, después de usted mismo. Por desgracia, mi obligación es prestar atención a las evidencias. Y veintiocho evidencias son demasiadas para pasarlas por alto, créame.

—He leído las noticias sobre la muerte de ese hombre, en una calle de Montreal —asintió lentamente el famoso financiero, personaje público popular en Canadá, y muy respetado dentro de los organismos federativos deportivos de varios países—. ¿De veras piensa que yo soy el hombre que disparó sobre él desde un automóvil?

—Era *su* automóvil, señor Metcalf. Usted nunca denunció su robo, si es que se lo robaron, como supongo que va a decirme...

—No, en absoluto —rechazó Metcalf, sorprendido—. Nadie me ha robado el coche, capitán.

—En ese caso, todavía va a ser peor su posición. El vehículo fue identificado. Y el número de placa que obra en nuestro poder

coincide con el suyo. Es el que anotó un agente de tráfico, testigo del hecho.

—No puedo entenderlo, capitán. Yo no lo hice. Lo juro. Pero supongo que mi palabra servirá de poco en este caso, por no decir de nada.

—Estaba pensando en una cosa, señor Metcalf —terció Reeves, silencioso testigo de la escena hasta entonces.

—¿En qué, señor...? —preguntó el millonario.

—Reeves. Mark Reeves, de Inteligencia del Gobierno —se presentó el joven—. Estaba pensando en que su coche es un «Ford Mustang», color mostaza. Cualquiera que utilizara un coche de idéntico modelo y color podría fingir que era el de Howard Metcalf.

—¿Y el número de matrícula? —replicó Vernon, malhumorado.

—Elemental, capitán —sonrió Reeves, irónico—. Unas placas falsas están al alcance de cualquier maleante de medio nivel. Y creo que nos las tenemos que ver con alguien que dista mucho de ser mediocre.

—¿Usted cree en mi inocencia, señor Reeves? —se sorprendió gravemente Metcalf, dirigiendo rápidamente sus ojos grises y pensativos al agente del Gobierno canadiense.

—Quisiera creer —suspiró Mark—. Pero comprenderá que lo que tiene fácil explicación con un coche y unas placas, no lo tiene tanto con su persona. Usted es conocido aquí. Y respetado. Resulta difícil imaginar que tanta gente afirme, sin lugar a dudas, que era usted mismo quien disparó, no siendo ello cierto, ¿no le parece?

—Sí, en efecto —tuvo que admitir, ensombrecido, el prestigioso personaje. Se frotó ambas sienes con sus dedos, nerviosamente—. Pero yo sé que soy inocente. Y me pregunto: ¿cuál puede ser la explicación a todo esto?

—Es lo que todos quisiéramos saber. —Mark Reeves contempló de soslayo al capitán Vernon—. Resulta sorprendente que este caso se parezca tanto al de Zachary Mulder, ¿no cree, capitán?

—¡Infiernos, claro que lo creo! Pero ¿por qué mataron a Jane Miller? ¿Por qué a Skalko? ¿Por qué sus asesinos se dejaron ver de todo el mundo? ¿Por qué hombres fuera de toda sospecha como un dirigente publicitario americano y un financiero canadiense iban a verse mezclados en actos criminales, sin siquiera ocultarse de la gente? Todo cuanto usted y el señor Metcalf puedan decirme, lo sé

yo muy bien. Sólo que... no existe explicación razonable que ponga en claro las cosas.

—¿Y ha resuelto arrestarme, pese a todo?

—Si no lo hiciese, la opinión pública se me echaría encima. No podemos demostrar favoritismo con nadie. Usted es rico, famoso, lleno de prestigio, de influencia... Pero, en teoría, ahora, es un criminal. Sólo puedo guiarme por el testimonio de todos esos testigos. Dudo que se puedan equivocar a la vez tan elevado grupo de personas.

—Sí, yo también —admitió con leal perplejidad el sospechoso—. Sin embargo... algo debe suceder. Algo ha de explicar ese increíble suceso. Pero ¿qué será ello?

Los tres hombres permanecieron ahora en silencio. En la puerta del despacho de Paul Vernon, dos hombres con el uniforme actual de la Real Policía Montada del Canadá montaban guardia a la espera de la decisión del oficial respecto a su detenido. Y la situación de Vernon en esos momentos no era precisamente cómoda ni envidiable.

—Si hubiera una explicación, una sola que pudiera evitarme este dilema, créame que recurriría a ella sin perder momento, señor Metcalf —confesó el policía—. Pero estoy entre la espada y la pared. Si al menos tuviera usted un hermano gemelo...

—¿Gemelo? —sonrió tristemente el millonario—. Ni siquiera tengo hermanos, capitán.

—Sí, me lo temía —resopló Vernon. Miró de reojo a Reeves al añadir—: Tampoco Mulder tiene hermano alguno que se parezca a él lo más mínimo, ya comprobé eso...

—Amigo mío, no quisiera estar en sus zapatos por nada del mundo —fue el comentario de Reeves, encaminándose a la salida del despacho—. Eso de tener que encarcelar a gente que parecería por completo inocente, si no fuese por tantos testigos en contra... no es nada cómodo, me doy cuenta. Sólo espero que si alguno de los detenidos es inocente de verdad, pueda demostrarlo de alguna forma antes de que el escándalo de un proceso nos envuelva a todos en su torbellino... Piense en ello detenidamente, señor Metcalf, trate de recordar algo que pueda ayudarnos y ayudarle a sí mismo... sea lo que sea.

—Pensar... Es difícil en esta situación, créame. Ese crimen de ayer

despertó un momento mi curiosidad, apenas un solo momento, por sus características espectaculares y terribles que hacían recordar el viejo Chicago de los años veinte... Luego, lo olvidé por completo. Y ahora, de repente, la policía llega a mi casa, me arresta acusado de ese crimen... Es como un mal sueño, una pesadilla de la que confío en despertar en cualquier momento...

—De veras lo lamento, señor Metcalf. A mí también me gustaría despertar de todo esto —confesó Vernon, sombrío—. Es una pesadilla atroz para todos. Ese pobre muchacho era un checo nacionalizado americano, de profesión químico. Un gran aficionado al baloncesto. Entre sus cosas llevaba un abono completo para los partidos de baloncesto en las instalaciones olímpicas...

—¿El baloncesto? —Metcalf arrugó el ceño—. También es curioso... Precisamente el deporte con el que yo más me relaciono en mis actividades olímpicas... Ayer, cuando estuve con los miembros del Comité Olímpico y el entrenador y jugadores de baloncesto de la selección de los Estados Unidos, yo... ¡Un momento!

Lo dijo tan brusco, tan violentamente esto último, que hizo dar un leve respingo al capitán Vernon, y levantó la cabeza de Reeves con ímpetu. Ambos hombres le miraron, extrañados.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber Vernon.

—¿Ha recordado algo? —Sonó esperanzada la voz de Mark.

—Creo que sí —se golpeó la frente, con fuerza. Miró al policía y al agente especial del Gobierno—. Por favor, ¿a qué hora tuvo lugar exactamente el suceso de la calle Crescent?

—Con toda exactitud... —consultó unos papeles de un expediente que había sobre su mesa de trabajo, antes de que se decidiera a emitir un informe concreto. Luego, la voz de Vernon sonó tranquila —: Con toda exactitud, señor Metcalf, a las dos y media de la tarde. La hora está confirmada por varios de los testigos, incluido un camarero del local a cuya puerta tuvo lugar el drama.

—Las dos y media... —Metcalf les miraba aún con fijeza. Luego, sonrió—: Entonces, no tengo nada que temer, caballeros.

—¿Qué quiere decir con eso? —Sonó, inquieta, la voz de Vernon.

—Quiere decir que yo no pude estar en Crescent, ni en ninguna otra parte de Montreal, a las dos y treinta minutos. Porque entre dos menos cuarto y cuatro, asistí a una reunión del Comité Organizador de la Olimpiada, y a una recepción especial dada al equipo olímpico

de Estados Unidos, por parte de las representaciones diplomáticas americanas en Montreal. Hay más de cincuenta personas que confirmarán eso. Jamás dejaron de verme allí, en la Villa Olímpica, en el recinto de juego del baloncesto... En suma: tengo una coartada indestructible, como verán. ¿A qué testigos van a prestar caso ahora, capitán?

* * *

—Me temo que el capitán Vernon está metido en un auténtico caos psíquico, señor Metcalf —comentó, entre dientes, Mark Reeves, conduciendo el automóvil deportivo a través de Saint Catherine Avenue, hacia el norte de la ciudad—. Cuando ha obtenido el último informe de los testigos del Comité y del equipo de baloncesto norteamericano, estaba realmente hundido.

—Es para estarlo —admitió, con tono cansado, Howard Metcalf echando atrás la cabeza sobre el respaldo del asiento—. No le puedo guardar ningún rencor por todo esto, ésa es la verdad. El cumplió con su deber. Tenía treinta y tantos testimonios acusatorios contra mi persona. ¿Qué otra cosa podía hacer, en tales circunstancias?

—Él sabe eso. Lo sé yo. Pero seguimos preguntándonos todos: ¿quiénes estuvieron en lo cierto, y quiénes no? Usted tiene una serie mayor de testimonios sobre su coartada. No se puede estar, simultáneamente, en la Villa Olímpica y en Crescent Street. Para trasladarse de un sitio a otro, con todas las circunstancias favorables, hacen falta diez o quince minutos. Usted siempre estuvo a la vista de sus amigos de la organización olímpica. Por tanto, era preciso dejarle en libertad. Pero ¿por qué se equivocaron todos los testigos de Crescent? Eso sigue sin tener sentido, señor Metcalf.

—Cierto, Reeves. Tampoco para mí lo tiene. Voy a encargar a unos detectives privados que se ocupen en investigar la cuestión. Es evidente que el asesino no era yo. Pero si los engañó a todos..., ¿cómo pudo hacerlo?

Reeves condujo en silencio. Su comentario, tras la pausa, fue contundente:

—Sé tanto como usted. Pero hay otro sospechoso arrestado por iguales motivos que usted, señor Metcalf. Se le acusa de matar a su propia sobrina, ante más de cien testigos. Y yo me pregunto ahora:

¿existe otro error? Si es así..., ¿cómo se explica que haya personas iguales, y que siempre sean fáciles de identificar por la masa? Quizá en ese punto esté la respuesta que buscamos.

—¿Qué respuesta?

—No lo sé. Quizá cuando demos con ella habremos dado un paso gigantesco en la búsqueda de la verdad. Una verdad que se oculta tras esta liberación suya. Porque usted, evidentemente, señor Metcalf, era un culpable muy dudoso, ya desde un principio. Personalmente, nunca creí en su culpa. Luego, tenemos a Mulder. Tampoco es fácil que un asesino mate a su sobrina delante de todo el mundo. Algo raro hay también ahí..., pero él no tiene coartada que le justifique. ¿Consecuencias que yo saco de, ello? Que existe *otro* culpable. Alguien capaz de parecer que es Howard Metcalf. O Zachary Mulder. ¿Por qué? ¿Cómo consigue engañar a todo el mundo? No me lo pregunte. No sabría darle una respuesta, lo confieso.

—Pero... pero existen disfraces, caracterizaciones, maquillajes... Se puede engañar a una serie de personas...

—No. Yo no creo en eso. Estoy seguro de que ya existió un maquillaje, un truco de caracterización, como usted dice: un hombre de frondosa barba y gafas azules. Esas cosas sí pueden lograrse con postizos. Pero nunca una semejanza tan perfecta, a plena luz. En eso no creo en absoluto. Los trucos del teatro y del cine están bien en un set de filmación o en un escenario, y nada más. La vida real es otra cosa. Nadie puede suplantarle a usted o a Mulder con un mínimo de posibilidades de éxito. Entre otras cosas, por algo elemental: ninguno posee rasgos capaces de suplirse o imitarse con postizos.

—De modo que, según usted, el caso no tiene solución.

—No, señor Metcalf —confesó francamente Reeves—. Por el momento, no tiene solución. Pero todo asunto, por extraño que sea, la tiene. Al final la tendremos Sea cual sea, la tendremos. Esté seguro de ello.

Y con enérgico giro de volante, dobló por Fort Street, hacia Toronto, en dirección a la residencia de los Metcalf.

A esa misma hora, otra persona corría peligro de muerte.

Y por una simple circunstancia casual, por una jugarreta del destino, la muerte se equivocaba de víctima...

Celeste Kelly asintió con firmeza, cuando el jefe de personal de la Canadian Air Lines en Montreal le expuso el asunto.

—Por supuesto, señor —dijo, sonriente—. Lo haré gustosa. De vez en cuando viene bien pasar unas horas con los pies en tierra firme y la vista lejos de las nubes. Aunque sólo sea por salirse de la rutina...

—Gracias, señorita Kelly —suspiró, aliviado, el jefe de personal—. Para tareas así, hace falta algo más que belleza y simpatía. Se precisa conocer a fondo todos los problemas y cuestiones de nuestras líneas. Por ello elegimos a su compañera, Belinda Kerr. Ella lleva muy bien las relaciones públicas. Estamos seguros de que usted también cubrirá su puesto a la perfección. Tendrá, naturalmente, una gratificación extra, por gentileza de la Compañía.

—Son muy amables, pero no hacía falta —confesó Celeste, con una sonrisa que iluminó incluso sus ojos azules y limpios—. Belinda no es sólo colega mía, sino compañera y amiga. Haré su tarea gustosamente. Supongo que ella reposará, mientras tanto...

—Reposará, pero no en su apartamento —sonrió el jefe de personal—. Debemos enviarla inmediatamente a un hospital de Montreal, donde habitualmente se acoge a nuestro personal especializado. Allí estará sometida a observación cosa de dos o tres días.

—Pero... ¿es algo grave? —Se inquietó Celeste Kelly, preocupada.

—¿Grave? ¡Oh, no! Nada de eso. Sin embargo, últimamente llevaba un exceso de trabajo. Habíamos olvidado que se ocupó de suplir a dos compañeras suyas, en determinadas ocasiones, sacrificando días suyos de descanso. Por otro lado, el médico ha dicho que sus nervios son bastante sensibles. El hecho de que en la Villa Olímpica apareciese hoy, precisamente en su lugar de trabajo, el Centro o Torre Olímpica, un explosivo plástico, cerca de los engranajes que accionan la membrana plástica del techo del Estadio Olímpico... De haberse producido esa explosión, es cierto que se hubiese podido producir una catástrofe. Y la membrana hubiera podido desprenderse sobre los obreros que terminan las instalaciones del estadio a marchas forzadas, virtualmente contra reloj...

—Sí, la bomba en la Torre del Centro Olímpico... —murmuró entre dientes Celeste, estremeciéndose—. He oído hablar de ello por la radio y la televisión... Dios mío, ¿qué puede suceder durante estas

Olimpiadas?

—No creo que ocurra nada, señorita Kelly. Pero la crisis nerviosa de su amiga nos obligó a evacuarla inmediatamente. No tema nada, sin embargo. Todo va a ir bien. Si usted acepta permanecer en esa oficina de información hasta que se inaugure la Olimpiada, todo se habrá resuelto. Tenemos una chica para suplirla a usted en los vuelos con Nueva York. Después de todo —añadió, riendo—, creo que ni siquiera llegarán a enterarse muchos de que hemos cambiado de chica. Su aspecto, a corta distancia, es muy parecido: igual cabello, color de ojos parecido, estatura similar... Sí, no hay nada que temer, estoy seguro de ello. Usted será una perfecta encargada de relaciones públicas en la Villa Olímpica. Gracias por todo, señorita Kelly.

—No diga eso —sonrió ella, encogiéndose de hombros—. Lo importante es hacer mi trabajo del mejor modo posible. Y que Belinda se ponga pronto bien. ¿Podré visitarla cuando termine la jornada en la Villa Olímpica?

—Por supuesto. Un coche nuestro la llevara al hospital para que la vea. Pero no le mencione nada sobre esa bomba que no llegó a estallar, al ser detectada, iras un informe anónimo. Vale más así...

—Lo entiendo muy bien. —Celeste ocultó, con un gesto risueño, su propio nerviosismo—. Espero que sea el último susto que tengamos durante la Olimpiada...

—Lo será, no lo dude. La policía ha montado aún mayor vigilancia. Se encontró un panfleto cerca del lugar donde pusieron el explosivo. Era de una organización terrorista que tiene interés en crearse, gracias a nosotros, un triste prestigio en el mundo... Ya sabe lo que ocurre en estos casos. Cuanto mayor es el acontecimiento donde esos locos actúan, más grande es la publicidad que dan a sus doctrinas. Y la Olimpiada de Montreal es, actualmente, el mayor acontecimiento popular de todo el mundo. Ahí está su grandeza. Y su peligro.

—Sí, señor —dijo apagadamente Celeste Kelly, incorporándose de su asiento con lentitud—. Me di exacta cuenta de eso cuando vi morir a una chica ante mis propios ojos, recién llegada de Nueva York para asistir a la Olimpiada. Desde entonces he estado segura de algo: la humanidad está enloquecida. Y hay demasiados locos sueltos por ahí. Todo el que atente contra la vida ajena y provoque

el pánico y el terror donde debería existir sólo hermandad, leal enfrentamiento y espíritu de competición, no merece existir. Todo el que derrame sangre inocente en nombre de una idea, es un vulgar asesino sin excusas. Pero imagino que, pese a cuanto yo piense, esto seguirá sucediendo. Se seguirán ametrallando personas en cualquier rincón del mundo, se actuará brutalmente, con una metralleta, o con una pistola en nombre de reivindicaciones vergonzosas, y se continuarán secuestrando aviones o situando explosivos a los pies de seres inocentes o de representantes de la ley, con la misma impunidad y falta de conciencia que hasta ahora, alegando siempre unos principios indefendibles. Gritaremos siempre nuestra protesta de seres civilizados, de personas honestas, contra esos métodos que nos hacen peores que las bestias. Pero no servirá de nada. Nuestro grito se cuidarán ellos de ahogarlo en sangre y en dolor, en la vergüenza de sus propios actos, señor...

El jefe de personal de la compañía aérea se quedó mirándola con expresión sombría y sorprendida. Al final, asintió despacio.

—Sí, señorita Kelly —murmuró—. Así son las cosas en nuestro mundo actual. Creo que todos hemos perdido un poco la brújula. Dios quiera que no sea aún demasiado tarde para devolvernos al buen camino... Ahora, puede ir a la Villa Olímpica, a ocupar el puesto de la señorita Kerr hasta mañana. Será un gran día el de mañana. La inauguración de los Juegos Olímpicos de 1976... Esperemos que sea una jornada de gozo y no de dolor...

Celeste salió de la oficina, tras un respetuoso saludo a su jefe. Al abandonarla, iba pensando en Belinda, su buena amiga, ahora hospitalizada, víctima de un terror latente que ya había empezado a dar muestras evidentes de existir en torno a la Olimpiada, como un invisible cerco siniestro.

Primero fue un mensaje radiografiado a bordo de un reactor de la línea Nueva York-Montreal. Luego un asesinato increíble en pleno aeropuerto. Después otro crimen en una calle de la ciudad. Ahora una bomba que no llegó a estallar en la Torre Olímpica... Quizá unas cosas no tenían que ver con otras. Celeste pensaba en posibles actos de terror de gentes de muy diferente nacionalidad e ideología. Pero todo ello tenía un denominador común: el terrorismo estúpido, la violencia gratuita.

Matar por matar. Asustar al mundo. Conducirle al caos.

Y todo, ¿para qué?

Celeste, camino de la Villa Olímpica, en el vehículo oficial de su Compañía, seguía pensando en todo eso. Y en Belinda, hospitalizada en esos momentos.

Lo que nunca pudo pensar es en que el destino jugaba ya sus terribles bazas para que algunas cosas fuesen como no tendrían que haber sido...

SEGUNDA PARTE

LOS ROSTROS DE LA MUERTE

I

No había sido tan malo, después de todo.

Unas horas de fatigosa atención a muchos de los atletas, seguidores, miembros de Delegaciones, y personas autorizadas para entrar y salir del recinto Olímpico por mil y una razones de diverso tipo.

A todos una sonrisa, un informe, unas referencias o unos datos. Y ahora, ya se terminaba la jornada.

Empezaba a oscurecer. Eran las grandes vísperas.

Ya brillaban las luces afuera, en los recintos olímpicos del gran parque canadiense. Mientras recogía sus cosas y apagaba las luces del departamento de recepción de la Canadian Air Lines, Celeste Kelly contemplaba, a través de las grandes vidrieras del piso bajo de la Torre Olímpica, las radiantes luces del exterior, alumbrando las obras ya terminadas, y otras a punto de concluirse, en una titánica batalla de los obreros y técnicos, contra el reloj.

Era algo grandioso, gigantesco. La obra colosal del ingenio humano, puesta al servicio del deporte. El tributo al esfuerzo del hombre por batir el récord en cualquiera de sus especialidades. Algo hermoso, limpio y magnífico.

Una villa formada por las cuatro semipirámides, albergue de ocho mil atletas, algo distante de las demás instalaciones deportivas. Precisamente a casi un kilómetro de distancia del gigantesco y bellissimo Estadio Olímpico y de cuanto formaba el sensacional complejo estadio-piscina-mástil-velódromo. Cuarenta y seis hectáreas de instalaciones perfectas, de línea y trazado revolucionario, de una arquitectura diferente.

El gran Estadio Olímpico, centelleaba ya de luces, en un ensayo final para la inauguración. Trescientos veinte metros en su eje mayor, treinta y cuatro consolas prefabricadas de hormigón armado, un mástil inclinado, gigantesco, de ciento sesenta y ocho metros, sosteniendo las suspensiones de las consolas. Setenta mil espectadores posibles, en sus graderíos. Y no lejos de él, recubierta en su mitad por la base del mástil y en cada lado dos cúpulas hemisféricas, la piscina con pileta de cincuenta por veinticinco, otra

para calentamiento, de cincuenta por quince, y estanque de saltos, de veinticinco metros, con trampolines de una a dos plataformas. El velódromo, cercano, con capacidad para casi nueve mil personas, en forma de concha apoyada en cuatro pies. Techo de cristal acrílico, refulgente de luz interior. Y los vestuarios prefabricados, las semipirámides de alojamiento para los atletas, con diecinueve pisos cada una, diecinueve filas de luz, en estos momentos del anochecer...

Sí. Todo eso era impresionante y lleno de una singular belleza. Celeste sentía una impresión especial ante aquella grandiosidad arquitectónica, rodeada de verdor, de fresco césped, de senderos de asfalto orlados de luz...

El gran recinto esperaba el momento de alzar su telón. El mayor espectáculo del mundo deportivo, estaba a punto de alzarse. Ocho mil actores se disputaban el honor de ser protagonistas o simples comparsas. El Barón de Cubertín se sentiría feliz desde su eterno puesto en la otra vida. Su obra continuaba. Lo mejor, lo más importante, era siempre participar. Medallas, victorias, llantos o fracasos, eran otra cosa.

Celeste apagó las últimas luces de la oficina de su compañía. Tomó el bolso y el gorro de su uniforme. Se dispuso a salir de allí, de regreso a casa. Afuera, en alguna parte sonaban los himnos de varios países. Le llegaron mezclados con el olor a noche y a hierba fresca. Eran los ensayos finales. Todo se iba poniendo a punto.

—Buenas noches, señorita —dijo la voz, desde el umbral.

Le miró. Reconoció al hombre que sonreía desde las grandes vidrieras de la torre. Muchas otras personas que terminaban ya su tarea, la saludaron, respetuosas.

Era Jean Paul Melville, Delegado de Prensa del Comité Olímpico del Canadá. Un hombre grande, alto, fuerte y rubicundo, de amable expresión. Un tipo cordial y simpático como pocos.

—¡Oh!, buenas noches, señor Melville —saludó ella. Le había conocido aquel día, y él se interesó por la salud de Belinda y por sí misma, su compañera leal—. ¿Mucho trabajo todavía?

—Bastante, señorita Kerr —le dijo, equivocando sin duda su apellido, ya que él sabía que Belinda Kerr estaba hospitalizada, y ella era Celeste Kelly. Sonriente, caminó hacia ella con paso firme —. Permita que le ayude. Voy hacia los edificios de alojamiento de

los atletas. Allí tiene el aparcamiento de los autobuses de la compañía. ¿Quiere que la lleve?

—¡Oh, gracias!, es muy amable —asintió Celeste—. Sí, tengo que tomar uno de esos autobuses para regresar a casa. Mañana va a ser un día muy agitado aquí, y preferiría descansar 13 antes posible...

—Descansará, no lo dude —sonrió Jean Paul Melville—. Venga por aquí, por favor, señorita Kerr...

De nuevo cometía el mismo error. Celeste estuvo a punto de advertirle de él, pero pensó que no valía la pena. Aquellos periodistas veían a tanta gente al cabo del día... Sobre todo, en vísperas de unas Olimpiadas. Para él, tanto daba Kelly como Kerr. Y también para ella, a fin de cuentas.

Caminó hacia el automóvil con los distintivos oficiales de la Olimpiada en sus puertas. En ese momento, alguien más apareció en escena. Y los hechos se precipitaron inexorablemente...

—¡Eh, estoy aquí! —llamó la voz—. ¿No quiere que la lleve al centro de la ciudad? Ya se ha hecho muy tarde...

Era su jefe de personal. Un hombre encantador. Todo un detalle. No era lo mismo tomar el autobús desde la Ciudad Olímpica hasta el centro, que ir con su jefe en coche. Asintió, con cierto alivio.

—¡Sí, gracias, señor Albert! —respondió, jovial. Y, volviéndose a Melville, el Delegado de Prensa se excusó—: Perdone, pero prefiero llegar lo antes posible a casa... Buenas noches, señor Melville. Y gracias por todo. Hasta mañana...

—Espere, señorita Kerr. Yo... —comenzó Melville.

—No, por favor —echó a andar, decidida, hacia el coche de su jefe—. No tiene que molestarse más por mí...

Estaba ya cerca de aquel coche junto al que esperaba el señor Albert, jefe de personal de la Canadian.

Y entonces ocurrió.

—¡Señorita Kerr! —llamó una vez más el periodista. Y esta vez, su tono era más enfático y autoritario que nunca—. ¡Aquí, mire usted, se lo ruego!

Fue instintivo. Celeste miró hacia él. Incluso Albert lo hizo, sorprendido.

Jean Paul Melville tenía algo en su mano, mientras miraba a Celeste Kelly con fijeza obsesiva y extraña.

Ese algo era una pistola automática, de cañón extrañamente

prolongado, por el feo tubo de un silenciador. Disparó.

Y lo hizo sobre Celeste. Tiró a matar.

La joven azafata se paró en seco. Sus ojos azules se agrandaron de horror. Notó un seco, brutal impacto en el corazón. Como si éste se desgarrara de súbito, la acometió un punzante dolor. Luego, todo se nubló. Todo dejó de existir para ella. Y ella dejó de existir para el mundo.

Cuando su bonita figura rodó por el suelo, ya estaba muerta. Su rostro fue a hundirse, con la última crispación de asombro y dolor, sobre la verde alfombra del césped olímpico. Y allí se quedó sin vida, perdiendo sangre por un redondo orificio abierto en su seno izquierdo por la bala de una poderosa pistola «Magnum 357», que aún aparecía en la mano de su asesino.

Albert, el jefe de personal de la compañía aérea, permanecía como petrificado, sin llegar a comprender exactamente lo que sucedía. Su rostro revelaba horror, incredulidad. Su mirada hacia el hombre causante del asesinato, reflejó miedo al identificarlo.

—¡Usted! —jadeó—. ¡Jean Paul Melville...!

Y se arrojó tras de su coche para buscar un parapeto en qué cubrirse de un más que posible atentado contra su vida.

A fin de cuentas, había sido testigo de un crimen a sangre fría, un atentado aparentemente absurdo e incongruente contra la vida de una muchacha empleada como azafata en su compañía. ¡Y el autor de ese crimen, nada difícil de identificar, era nada menos que el Delegado del Comité Olímpico canadiense, el muy popular y prestigioso señor Melville!

No hubo ataque, sin embargo, a su persona. Ni tampoco a los cuatro o cinco empleados que, todavía con los cascos protectores de trabajo, color azul brillante, y los distintivos de su condición de obreros de las instalaciones olímpicas, acudían ya, atraídos por el grito, la caída de la joven, y la actitud de aquel hombre que, enarbolando una temible pistola con silenciador, tras abatir a la joven azafata, se precipitaba hacia el bolso que ella dejara caer en su breve agonía, para tomarlo consigo y echar a correr después hacia su propio coche.

—¡Es un asesino! —aulló Albert, desde detrás de su automóvil—.

¡No le dejen escapar!

Los obreros, asombrados, miraban al que huía. Tras poner en

marcha su vehículo, arrancaba ya velozmente, los faros encendidos, evolucionando violentamente sobre el asfalto y la gravilla de los senderos de la Ciudad Olímpica, salvando rectángulos de césped para precipitarse, a toda velocidad, hacia la salida del recinto.

Los trabajadores corrieron en vano, pretendiendo bloquearle la salida. El arma hizo un par de disparos que sonaron como taponazos, y uno de ellos cayó, con un agujero de bala en una pierna. Los demás tuvieron que arrojar a tierra, a ambos lados, para no ser arrollados.

Unos funcionarios de Seguridad en las instalaciones olímpicas, corrían ya al lugar de suceso. Sonó una sirena de alarma, requiriendo la intervención de la Policía Montada, destinada de servicio en el recinto deportivo. Pero el coche de Melville aceleró vertiginosamente, y logró romper una valla, saliendo a toda velocidad, y enfilando hacia Victoria Bridge como una flecha.

—¡Eh, ese hombre era el señor Melville! —exclamó uno de los encargados de Seguridad, mirando con asombro al coche fugitivo—. Y es su automóvil, su matrícula... Además, era él mismo quien iba al volante, estoy seguro... ¿Por qué diablos correrá así? ¿De qué está huyendo?

—Yo también lo reconocí —afirmó otro de los guardianes—. Era Melville, seguro. Además, llevaba una pistola en la mano, me parece. ¿Qué es lo que habrá hecho...?

—Asesinar a una mujer —dijo tras ellos la voz de uno de los asustados obreros de las instalaciones, llegando a la carrera—. Y era Melville, ciertamente. Tal vez se ha vuelto loco, pero mató a una azafata de la Canadian, y le robó el bolso...

Los miembros del grupo de Seguridad se miraron entre sí, estupefactos. Allá, por la cinta de asfalto, llegaban dos coches de la Real Policía Montada, para averiguar lo ocurrido.

Pero mientras tanto, el asesino ponía entre él y el escenario de su crimen, la mayor distancia posible.

* * *

—Esta vez, nada menos que Jean Paul Melville... Delegado de Prensa del Comité Olímpico del Canadá... —El capitán Vernon exhaló un gemido, hundiendo su cansada figura en el sillón de su

despacho—. No. Dios mío, ya es demasiado. ¿Quién será el próximo asesino que será identificado? ¿El Presidente del Gobierno, o el Secretario General de la ONU?

—¿No va a detenerlo? —preguntó curiosamente Reeves, cuyo rostro era una dura máscara, en estos momentos.

—No sé si hacerlo. Temo el ridículo más espantoso, como en el caso de Metcalf... ¿Y si Melville también tiene coartada? Ahora mismo estamos estudiando a fondo el asunto de Zachary Mulder. Es muy posible que tengamos que dejarlo libre. Él no tiene coartada, pero ya nadie cree en su culpabilidad. Ni tan siquiera yo. Es evidente que todas estas muertes guardan entre sí una muy estrecha relación. Por lo tanto, si Metcalf no cometió el crimen que todos creen haberle visto cometer; si Melville tampoco lo hubiera cometido..., ¿por qué tendría que haber sido un asesino, Mulder? Él tiene tan pocos motivos para haber eliminado a su sobrina, como pudo tenerlos Mulder para asesinar a Skalko, o Melville a esa pobre chica a quien usted conocía... Todo me parece obra de la misma mano.

—Sí, estamos de acuerdo —movió afirmativamente su cabeza Mark Reeves, con gesto ensombrecido—. Celeste Kelly... Pobre muchacha. Hablé con ella una vez, cuando supe que era ella la que atendió a Jane Miller en aquel vuelo. Y ahora... también ella está muerta. Igual que su pasajera...

—¿Cree que por el mismo motivo?

—O por una variante de él. Tenemos, evidentemente, una cadena de crímenes que han de conducirnos forzosamente a alguna parte, capitán: Jane Miller, Skalko, que era mencionado en el mensaje... Una chica que trabaja en una oficina de publicidad de Nueva York, y un químico industrial de origen checo y nacionalidad americana... ¿Eso tiene aparente sentido? No. Pero en alguna parte existe el nexo. Ahora... es Celeste Kelly, la azafata, la que muere violentamente. Y le es robado el bolso. ¿Por qué? ¿A causa de la polvera de Jane Miller que nunca apareció?

—¿Cree usted que la tenía ella?

—Lo dudo mucho, capitán. Me la hubiese entregado. No leí en sus ojos nada de recelo o doble juego. Parecía asustada por lo de Jane Miller, y no se hubiera metido en un juego tan peligroso. Parece otro crimen estúpido. Pero ha de tener un motivo. En alguna parte ha de estar la razón de esta muerte... Cuando podamos saber por

qué muere la gente, quizá sepamos, también, quién o quiénes son sus ejecutores.

—Es desesperante. Además, luchamos con las circunstancias, Reeves. Todo nos es adverso —jadeó el policía, disgustado—. Mañana mismo, la noticia se publicará sin indicar dónde se cometió el crimen. Podría tener un resultado dañino para la inauguración olímpica. No desea nadie echar a perder ese acontecimiento. Pero lo cierto es que, a tan pocas horas de su inauguración, tengo ya auténtico miedo.

—¿Miedo? ¿Por ese explosivo que se halló cerca de los mecanismos que accionan la membrana plástica de cobertura del Estadio Olímpico?

—No, Reeves. Eso ya se lo ha atribuido una determinada entidad terrorista del extranjero. Es algo más oscuro lo que me preocupa. Si Jane Miller ha sido el principio de todo esto, recuerde que ella nos advertía del peligro que se cierne sobre los Juegos. Eso puede significar más muertes, una catástrofe imprevisible... Ya no sabemos de dónde sacar agentes especializados que vigilen, mañana, la inauguración, y que permanezcan el resto del tiempo que duran las jornadas deportivas, controlando estrechamente cuanto sucede en el recinto olímpico.

—Entiendo sus temores, capitán. Pero a mí me preocupan otras cosas. Esos tres asesinatos, una polvera de mujer, el apartado a caja de alquiler

DL-773...

Y tres sospechosos demasiado conocidos, que no hacen nada por ocultar su identidad. Para terminar con un hecho también sorprendente y misterioso: el robo del bolso de la azafata Kelly... Son las piezas del *puzzle*, capitán. Mientras no encajemos unas con otras, no habrá nada que hacer, créame...

Sonó el teléfono en ese momento. Con desgana, lo descolgó el policía, atendiendo la llamada. Escuchó, con ceño fruncido, pronunciando simples monosílabos. Al final, colgó con un enorme gesto de perplejidad en su rostro. Miró a Mark Reeves, abatido.

—Lo que nos temíamos, amigo mío —confesó roncamente.

—¿Qué es ello? —El rostro ensombrecido de Mark aún se endureció más, esperando cualquier otra contrariedad.

—Ese hombre... Jean Paul Melville, Delegado de Prensa... Esta

misma noche, se celebraba una cena en Montreal, en homenaje a la Pienza de la ciudad y al Comité Olímpico. Él era el presidente de honor de esa recepción. Y no se ha movido del recinto del Ritz-Carlton Hotel, en toda la tarde y la noche... Hay más de doscientos testigos que lo avalan.

Mark Reeves se frotó el mentón. Tenía la mirada ausente. Movi6 la cabeza en sentido afirmativo, con energía. Luego, dijo unas palabras enigmáticas, antes de abandonar el despacho policial:

—Estaba seguro de eso —dijo—. Empiezo a preguntarme si no estaremos todos locos... o la explicación será tan sencilla que está ahí, delante de todos... y son los árboles los que nos impiden ver el bosque. Aunque yo, capitán, si he de serle sincero, empezaría a pensar seriamente en poner en libertad a Zachary Mulder. Tendrá que hacerlo pronto, de todos modos...

II

René Albert se quedó mirando fijamente a su interlocutor. Un gesto de sorpresa asomaba al rostro del jefe de personal de la Canadian Air Lines en Montreal.

—De modo que usted conocía a la chica... —murmuró.

—Sí, señor Albert. La conocí. Muy poco, ésa es la verdad. Le hice unas preguntas en relación con su viaje desde Nueva York, cuando fue asesinada, ante sus ojos, una viajera del avión.

—¡Oh, sí!, aquel desgraciado suceso... ¡Pobre Celeste! Últimamente, no tuvo demasiada suerte, ésa es la verdad... Si no hubiese sido por la fatalidad, ahora estaría viva. ¿Cómo podía yo imaginar, al llevarla a la Villa Olímpica, que con eso firmaba su sentencia de muerte? Es horrible llevar encima esa responsabilidad...

—No sufra por ello. Quizá hubiera sido muerta, de todos modos, si tanto interesaba su fin a alguien. ¿Conocía usted bien a la señorita Kelly?

—Bueno, la conocía profesionalmente. Una excelente muchacha y una empleada modelo. Nunca creó problemas a la compañía. Era amable, educada y con una gran simpatía. Por eso, cuando fue preciso buscar una suplente para la oficina especialmente instalada en el recinto olímpico, pensé en ella...

—¿Suplente? —Reeves enarcó las cejas—. ¿No era ella la titular, en ese puesto?

—¡Oh, no!, claro que no. Ella se ocupaba siempre de los vuelos. Hacía regularmente los de Nueva York a Montreal, y viceversa. Otras veces, la destinaba a vuelos con el Oeste de los Estados Unidos o con líneas internacionales de enlace, para vuelos con Europa. Era una de nuestras buenas azafatas. Hablaba cuatro idiomas y usted mismo se daría cuenta de su belleza y atractivo...

—Sí, me di perfecta cuenta de eso —admitió Mark, gravemente—. Pero ahora estaba pensando en otra cosa. ¿Por qué, siendo tan buena azafata, la destinó a un trabajo en tierra, por importante que fuese para la compañía? ¿No existía otra suplente mejor para ese puesto?

—No, estoy seguro de que no. Además, era amiga y compañera de alojamiento con la que inicialmente ocupaba el puesto. Eso simplificaba las cosas.

—¿Quién era ella?

—¿La amiga? Otra azafata de nuestra compañía: Belinda Kerr. También bonita, atractiva, y con cierto parecido con la difunta. Al menos, en color de cabello y ojos, si no en sus facciones. E igualmente bien formada, alta, muy sugestiva.

—¿Está enferma, acaso?

—¿La señorita Kerr? ¡Oh, sí! Bueno, no exactamente enferma, pero sí sometida a cuidados médicos en el hospital. Sufrió un fuerte *shock* cuando el hallazgo de la bomba en la Torre Olímpica, y creímos preferible someterla a observación antes de darla de alta. Es una muchacha extremadamente sensible.

—Sí, entiendo. Y ambas eran muy amigas...

—Mucho. Celeste aceptó encantada hacer algo por su compañera. No puso el menor reparo a su destino provisional en el recinto olímpico. Si la pobre hubiera sabido...

—¿Cuándo se efectuó esa suplencia?

—Hoy mismo. Ha sido el primer día de trabajo de Celeste Kelly en esa oficina. Y el último, por desgracia...

—De modo que mucha gente ignoraría, incluso, que había habido relevo, si conocía ya de antes a la señorita Kerr.

—Sí, por supuesto.

—A una cierta distancia, ¿podía ser confundida Belinda Kerr con Celeste Kelly? —preguntó de repente Reeves, con extraña entonación.

Albert la estudió, sorprendido. Se encogió de hombros.

—Bueno, podía suceder, especialmente si la persona no conocía muy bien a cualquiera de ellas, y no estaba justo encima, para advertir la diferencia. Ya sabe: estatura parecida, el uniforme azul, el cabello, el color de ojos, los peinados actuales... Cabe el error, sí... Pero sólo a una cierta distancia, claro... ¡Un momento!

—¿Sí? —Los ojos de Reeves brillaban con extraña luz.

—Ahora que hablamos de eso, recuerdo algo curioso...

—¿Qué es ello, señor Albert?

—Fue..., fue esta misma tarde, en el recinto olímpico. Cuando mataron a esa pobre muchacha... El asesino..., el señor Melville...

Bueno, quiero decir, el que yo juraría que era el señor Melville, aunque usted y la policía digan que no... En fin, el asesino, sea quien fuere, llamó por el nombre a la chica. Pero no por su nombre, sino por el de Belinda... Le gritó: «¡señorita Kerr!», con absoluta claridad. Hasta ahora, la verdad es que no se me había vuelto a ocurrir recordar tal detalle...

—De modo que eso dijo el asesino: llamó a la señorita Kelly por el apellido de la señorita Kerr... —El gesto impenetrable de Mark, nada revelaba. Pero sus pupilas eran dos profundas simas de excitado destello.

—Pensé en un fácil error, entonces. Ahora..., ahora sus preguntas me hicieron recordarlo.

—Y ha empezado usted a pensar como yo —sonrió duramente Mark, poniéndose en pie—. ¿A quién pretendió matar exactamente el asesino? ¿A Celeste Kelly... o a Belinda Kerr?

—¡Dios mío...! —Palideció intensamente Albert, poniéndose en pie con brusquedad—. Sería terrible que todo fuese un error, y ahora esa otra chica... pudiera... pudiera...

—¿Peligrar? —asintió Reeves, sombrío—. Sí, sería terrible. ¿Puedo usar su teléfono un momento?

—Claro. Cuanto lo precise, señor Reeves. ¿Qué es lo que teme?

—Lo peor —confesó el agente del Gobierno con un resoplido.

Se inclinó sobre el teléfono. Pidió a Albert el nombre del hospital. Buscó el número en la guía. Lo marcó, con rapidez.

Cuando obtuvo la comunicación, pidió hablar con el doctor que atendía a la señorita Belinda Kerr. Tras unas breves esperas, una telefonista logró comunicarle con él. Sonó voz grave y cortés:

—Doctor Grant —le informaron—. ¿Quién llama, por favor?

—Soy Mark Reeves, agente especial de Inteligencia del Gobierno del Canadá, doctor. Me intereso por una paciente suya, la señorita Kerr. Belinda Kerr, azafata de la Canadian Air Lines, sometida a vigilancia médica por su crisis nerviosa...

—Vaya, parece que esta noche, todo el mundo se interesa por esa señorita.

—¿Qué quiere decir, doctor? —Se puso tenso Reeves, asaltado por un vago, indefinible temor.

—Bueno, quiero decir que la señorita Kerr ya me ha creado algunos problemas, hoy, por culpa del interés de los demás en su persona.

Su jefe, el señor Albert, ha insistido repetidas veces, visitando personalmente el hospital, para que le diéramos el alta, y me vi obligado a negárselo.

—¿Qué es lo que dice? —exclamó Reeves, alarmado. Tapó el micrófono y gritó al jefe de personal de la compañía aérea—. ¿Ha estado usted en el hospital, solicitando sacar de allí a Belinda Kerr?

—¡Cielos, no! —Abrió mucho los ojos su interlocutor—. ¿Cómo iba a hacer eso? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Me temo que lo peor —descubrió nuevamente el micrófono y siguió, muy excitado—: Doctor Grant, bajo ningún pretexto permita usted que nadie, *absolutamente nadie*, saque de ahí a la señorita Kerr, o su responsabilidad en ello sería gravísima. El señor Albert ha sido suplantado para conseguir el alta de su paciente. Él no ha estado ahí en ningún momento. Enviaré inmediatamente a unos agentes de la Policía Montada para que cuiden de su seguridad, pero usted no se fíe ni siquiera de los policías, a menos que yo vaya a confirmarle su autenticidad, con mis propias credenciales, doctor.

—Pero ¿qué es lo que sucede, señor Reeves? —se alarmó ostensiblemente el médico—. ¿Tan grave es lo que amenaza a esa joven? Ella parece muy inquieta, ciertamente, pero... ¡Oh!, un momento. Me llaman por la otra línea, la de urgencias. Disculpe, sólo unos segundos y estaré con usted nuevamente...

Reeves esperó, mientras anotaba con rapidez el nombre del hospital, de Belinda y del doctor Grant, para avisar con urgencia al capitán Vernon y que se ocupase de la seguridad personal de la azafata Belinda Kerr. Le pidió, entre tanto, a Albert:

—El domicilio de la chica, démelo, por favor... Yo hablé con la señorita Kelly en un despacho de la compañía aérea... No sé dónde vivían...

Albert consultó unas notas y le pasó con rapidez un papel, con los datos pedidos, en el momento mismo en que el doctor Grant, con tono excitadísimo, volvía al receptor telefónico.

—¡Señor Reeves! —gritó casi—. ¡*Ha ocurrido!*

—¿Qué? —Un sudor frío empapó, de repente, la piel del agente especial—. ¿Qué es lo que ha ocurrido, doctor?

—¡La chica, la señorita Kerr! ¡Ya *no está* en el hospital!

—Pero... ¿qué es lo que usted dice? —rugió Mark, crispado—. ¿Cómo pudo suceder eso?

—No tengo la culpa. Fue el propio director del hospital, el doctor Saunders... Ha firmado la autorización para que la paciente se traslade a un centro privado, propiedad de la Canadian. El propio doctor Spencer Garnett, director de Neurología de ese centro, y prestigioso especialista muy conocido en Montreal, vino personalmente a por ella. No pudo hacer nadie nada por evitarlo. Estaban en su derecho. ¿Acaso existe peligro en...?

—¿Si existe peligro, dice usted? —clamó Reeves, frenético—. ¡Esté seguro de que si llama ahora a ese centro sanitario y habla con el doctor Garnett, él no sabrá absolutamente nada de cuanto me ha dicho! ¡Un suplantador se ha llevado a esa joven consigo... y es muy posible que, a estas horas, sea ya víctima de un asesino que no conoce la piedad!

* * *

Belinda Kerr se sentía más tranquila. Mucho más tranquila que en las últimas horas. No era sólo por su estancia en el hospital, debidamente atendida, para impedir que su repentino *shock* a causa del explosivo hallado en la Villa Olímpica pudiera ejercer peor influencia en sus maltrechos nervios. Era porque iba a ser internada unos días en un establecimiento privado por atención de su jefe, el señor Albert, y eso le daría tiempo a reflexionar, a pensar lo que debía hacer cuando saliera de allí. Mientras durase su encierro clínico, cuando menos estaría segura.

Mientras el automóvil cruzaba el centro urbano de Montreal en dirección a la nueva residencia sanitaria donde permanecería el resto de la semana, iba pensando en todo eso, y preguntándose si llegaría a suceder algo realmente grave en las Olimpiadas, donde en estos momentos, su compañera Celeste ocuparía su puesto en las oficinas de la compañía aérea.

Junto a ella viajaba el ayudante del doctor Spencer Garnett, con su bata blanca, conduciendo el vehículo sanitario en que era trasladada. El doctor Garnett en persona le había enviado, a propuesta de su jefe, el señor Albert. Se sentía segura y confiada al lado de aquel hombre fornido y sonriente, todo amabilidad para con ella.

—El señor Albert prefiere que se lleve consigo todas sus cosas,

señorita Kerr —habló el médico, volviéndose a ella con una amplia sonrisa—. Debe vivir en nuestra clínica como si estuviera en un hotel, hacer la vida normal, entretenerse con sus cosas... Van a ser como unas cortas vacaciones, unos días de reposo, sosiego, lectura, televisión, cine para nuestros pacientes y cuantas distracciones son posibles dentro de la clínica. ¿Lleva consigo sus pertenencias habituales?

—No —negó Belinda, con un suspiro—. Tengo una bolsa de viaje en casa, con unas cuantas cosas mías que no acostumbro a llevar encima, últimamente... Allí hay algún libro también. Y mis cuadernos de apuntes... Sí, me gustaría tener todo eso conmigo si voy a estar unos días en su establecimiento. Me ayudará a pasar estos días con más normalidad. Como si estuviera en casa de mis padres, en Alabama.

—Sí, eso es lo que nos gusta en la clínica Garnett. Que las personas que allí viven, se sientan en un auténtico hogar. ¿Vamos, pues, a su domicilio?

—Vamos. Le diré por dónde se va... Supongo que no tendremos que dar demasiado rodeo...

—No importa, señorita Kerr. Podemos permitirnos el lujo de perder unos minutos. Espere aquí, frente a aquella cabina telefónica. Llamaré a su jefe, el señor Albert, para que nos vea en su domicilio.

—¿El señor Albert? ¿Para qué? —se sorprendió Belinda, mirando al conductor del automóvil.

—Es mejor así. Es él quien lleva esto. La aprecia mucho, es evidente. El preferirá estar a su lado cuando vayamos a la clínica. Y posiblemente sé que de allí unas horas, haciéndole compañía. Gran tipo ese amigo suyo, señorita.

—Sí, nunca llegué a pensar que el señor Albert se tomara tantas molestias por mí. Sólo soy una simple azafata, una empleada más en su empresa. Él tiene a su cargo más de cuatrocientas personas. Pero usted tiene razón: me dará alivio ver a una persona conocida, a un amigo, cuando ingrese en su clínica. Eso hará las cosas más fáciles.

—Claro que sí —sonrió el médico, metiendo el coche en un aparcamiento, y deteniéndolo frente a un teléfono público—. Espere un instante. Estaré de vuelta enseguida. ¿Cuál es la dirección de su vivienda, señorita Kerr?

Ella se la dio, aunque luego, mientras el hombre de la bata blanca iba al teléfono, se dijo que no hubiera sido necesaria. Albert conocía muy bien las direcciones de todos sus empleados. Pero no había pensado en ello, inicialmente. Después de todo, eso carecía de importancia.

—Ya está —dijo el médico, al regresar, con expresión satisfecha—. Nos detendremos en un sitio a tomar algo, un café o un refresco. Para dar tiempo al señor Albert a llegar a las cercanías de su casa, señorita Kerr. Cosa de unos cinco minutos, ¿le parece bien?

—Sí, claro —asintió ella, mientras el automóvil con los distintivos sanitarios se ponía nuevamente en marcha—. Empiezo a sentirme mucho mejor que en aquel hospital, donde me veía rodeada de batas blancas, de vigilancia médica, de gente que me trataba como si mi vida y mi razón pendiera de un hilo... Eso la hace a una sentirse como prisionera en una extraña cárcel, blanca, y con olor a ácido fénico, ¿me entiende?

—Por supuesto que la entiendo —sonrió el médico, conduciendo sin prisas, ahora—. Nosotros no somos carceleros ni celadores. Sólo personas que ayudamos a nuestros pacientes del mejor modo posible. Y que yo sepa, no existe otro mejor que inculcar confianza a las personas a quienes atendemos. Usted, ni siquiera es una enferma. Sólo una chica que pasó un mal rato. Sólo eso...

Se detuvieron a tomar un par de refrescos. Continuaron viaje por el centro de Montreal hasta donde Belinda compartía su apartamento con Celeste Kelly. Para ella, seguía compartiéndolo como siempre. Celeste seguía con vida. Nadie le había mencionado la tragedia de la Ciudad Olímpica. El nuevo *shock*, no hubiera podido soportarlo, de saber la suerte final de su amiga.

Albert, jefe de personal de la Canadian Air Lines, esperaba a la puerta del edificio. Era inconfundible, con su sonrisa afable y sus gestos expresivos. Belinda se alegró de verle. Estrechó su mano cordialmente. Albert la miró, complacido.

—Tiene un aspecto excelente —dijo—. Señorita Kerr, vamos —deprisa. Recoja sus cosas, y la acompañaré a la clínica. Estoy deseando verla incorporada a sus tareas, normalmente. Pero eso no será sin un período razonable de descanso. Lo necesita.

—Es usted muy amable, señor Albert... —Miró al edificio, a las ventanas sin luz—. ¿Y Celeste? ¿No está arriba?

—Creo que esta noche, un chico la había invitado a cenar y a bailar —guiñó un ojo Albert—. Creo que su amiga necesita un poco de asueto, tras tantas horas detrás de un mostrador. Es un trabajo al que no está todavía muy acostumbrada.

—Sí, hace bien en divertirse —suspiró Belinda, entrando en la casa, acompañada por el jefe de personal de la Canadian—. Yo también lo haré cuando pueda, se lo prometo, señor Albert.

—Excelente —rió él—. Espero que sea pronto...

Llegaron a la planta donde habitaba. Abrió la puerta, encendiendo las luces. Todo aparecía en orden. Belinda estuvo a punto de entrar en el dormitorio de Celeste. Albert lo apremió:

—Vamos, señorita Kerr. Es mejor que nos apresuremos, Más por la hora que por nada. La clínica tiene un determinado horario para los ingresos, compréndalo...

—Sí, claro —ella entró en su habitación. Abrió un armario—. Estaré enseguida.

Albert parecía esperar, indiferente, mientras la muchacha extraía una bolsa de plástico con el emblema de la Olimpiada sobre uno de sus lados. La abrió, revisando todo lo que contenía. Luego, abrió su bolso de mano y vació algunas cosas dentro de la bolsa de viaje. Albert lo miraba todo con interés. Algo se retuvo unos momentos entre los dedos de Belinda. Albert clavó sus ojos en ello. Le brillaban las pupilas.

Era una llave dorada, plana. Con una cadenita también de color oro. Y una placa triangular de plástico. Con unas letras y cifras grabadas: DL-773...

Dudó un momento Belinda. Albert parecía que iba a acercarse a ella. Se detuvo, cuando la azafata dejó caer definitivamente la llave en la bolsa. Pareció aliviado por algo. Eso, ella no lo podía advertir, de espaldas a él. Cerró la cremallera de la bolsa. Y entonces se volvió hacia su jefe.

—¿Vamos ya, señor Albert? —preguntó—. Estoy lista...

—Sí, señorita Kerr, vamos allá —asintió el jefe de personal de la empresa aérea, tomándola por un brazo y emprendiendo la marcha hacia la calle.

Cuando llegaron, el médico tenía ya el motor del coche en marcha. Albert tomó de manos de la joven su bolsa de viaje y la invitó a caminar ante él, a través de la acera.

—Suba al coche, por favor —dijo—. Yo le llevaré esto. Pesa demasiado para usted...

Belinda sonrió, asintiendo. Caminó hacia el coche. El médico de blanca bata abrió la portezuela...

En ese momento, sin saber la razón exacta, Belinda Kerr giró la cabeza hacia su jefe.

Un enorme estupor asomó a su rostro. Albert llevaba en su mano zurda el bolso de viaje... ¡y en su mano diestra estaba apareciendo en ese momento, procedente de una funda situada bajo su chaqueta, un voluminoso revólver, una pistola «Magnum 357»!

—¿Qué... qué es lo que hace? —preguntó, asombrada—. ¿Qué significa *eso*?...

Su jefe la miraba con extraña frialdad. Algo en su rostro parecía radicalmente diferente a lo que en él era ya habitual. Como si, de pronto, se hubiera endurecido, transformándose en una carátula despiadada, borrada la sonrisa afable de los labios, ahora apretados en un rictus agresivo.

—Lo siento, Belinda Kerr —dijo con tono glacial—. Fallamos una vez. Y matamos a tu amiga Celeste, pensando que eras tú... Esta vez no habrá error. Debes morir. Está decidido así, levantó la poderosa pistola, cuyo cañón se alargaba en una especie de tubo más ancho, evidentemente un silenciador...

Belinda palideció mortalmente. Acababa de oír decir a aquel hombre que Celeste había sido asesinada. De repente, el arma que subía, hasta encañonarla, en la mano de aquel hombre en quien confiara ciegamente hasta entonces, cobró un terrible significado. Una imagen anterior se concretó en su mente, formando un aterrador recuerdo.

¡Antes de ahora, ya había visto ella ese arma, en manos de otro hombre, en el aeropuerto de Montreal... disparando sobre una mujer indefensa, una viajera llamada Jane Miller, hasta matarla!

Luego, estaba Skalko, muerto en una calle de la ciudad, también por un arma idéntica...

Y quizá Celeste Kelly. Y ahora... ¡ella misma!

—No, no puede ser... —jadeó—. ¡Usted no puede ser... mi asesino!

Y se volvió, patéticamente, hacia el coche con el motor en marcha, en demanda de ayuda. Un nuevo motivo de pánico la asaltó, haciéndole ver claramente la clase de complot en que había caído,

la sutil telaraña tendida en torno suyo para eliminarla... ¡El *médico* de la bata blanca, sonreía fríamente, sus manos en el volante, esperando tan sólo a que Albert disparase el arma a bocajarro, asesinándola de forma despiadada!

Los dos estaban de acuerdo. Todo era un fraude, una mentira. La clínica, el ir a recoger cosas a su casa... Ahora sabía el porqué de todo aquella/. Demasiado tarde, se daba cuenta de que había sido víctima de una trampa mortal. Ella sabía demasiado. Y tenía que morir. Ella poseía algo que perteneció antes a Skalko, y debía caer en manos de ellos, los asesinos...

Sí. Ahora lo comprendía todo. Pero ya no servía de nada.

—Lo lamento, mi joven amiga —silabeó el hombre de la «Magnum». Su dedo se crispó en el gatillo del arma de poderoso disparo—. Éste es tu final...

Otra vez el crimen en plena calle, para que todo el que estuviera cerca pudiese verlo. Otra vez el asesino sin ocultar su rostro... Como anteriormente Mulder, Metcalf...

Belinda, estremecida, mortalmente pálida, contempló con ojos dilatados por el horror el negro agujero del arma, apuntando hacia su cuerpo.

Sabía que era lo último que vería en este mundo.

III

La situación duró escasamente dos segundos. Pero Belinda estuvo segura de haber vivido una total eternidad. El tiempo parecía haberse detenido, justo al filo mismo de la muerte.

Luego, en la calle sonó el estruendo formidable de la detonación de arma de fuego. A Belinda, sacudida por un espasmo de horror y de angustia supremos, le sorprendió mentalmente escuchar ese disparo atronador. Creía que los silenciadores eran más eficaces. Allá en el aeropuerto, el sonido de la bala había sido *otro*. Suave, apagado, seco como una botella que se descorcha...

Ahora, fue un bramido áspero, rotundo, que hizo vibrar su cuerpo con trágica convulsión. Se preguntó si eso era la muerte, en realidad.

Sí. Era la muerte. Pero no la suya.

Era él quien estaba cayendo, quien se tambaleaba, iniciando el desmoronamiento sobre el asfalto. De su sien, se desprendían lentas gotas oscuras, procedentes de un orificio aún más oscuro. Era el producido por una bala. Una bala mortal, dado el punto en que hizo blanco.

El jefe de personal de la Canadian, chocó sordamente con el pavimento, y se quedó inmóvil en él, muy sorprendida su mirada, vidriosos los ojos. Los dedos habían soltado el arma, que rodó lejos de su alcance...

Los ojos de Belinda volaron de aquel cuerpo abatido, hasta la figura que, allá en la esquina, asomaba pistola en mano, tras el disparo que había salvado su vida, para cobrarse la del asesino de la pistola «Magnum».

Nunca había visto antes a aquel hombre alto, guapo, joven y atlético, bronceado, de profundos y fascinantes ojos verdes. Pero ahora sabía que, pese a no conocerle, le debía la vida.

Luego, buscó con su mirada al supuesto médico que se mantenía al volante del coche, esperando a que ella fuese herida de muerte por el criminal. Descubrió muy a tiempo la mano que emergía por la ventanilla de la portezuela, armada con una pistola, también.

—¡Cuidado! —gritó agudamente, mirando a su salvador—. ¡Ese hombre va armado...!

El joven de verdes ojos giró la cabeza y mano armada, hacia el coche. Disparó por segunda vez sin vacilar. Su automática calibre 38 llameó de nuevo, sin la menor vacilación. Un segundo estampido resonó en la calle.

La pistola del hombre de bata blanca, voló de sus dedos. La mano empezó a manar sangre, en forma copiosa. Escuchó Belinda su sorda imprecación de ira, y observó que el falso médico, con rapidez, se precipitaba sobre el volante y, pisando el acelerador, partió vertiginosamente, calle abajo, saltando sobre la acera, en un intento desesperado de dar alcance a su adversario y arrollarlo bajo sus ruedas.

Pero el tirador era rápido de reflejos. Saltó a un lado, ágilmente, eludiendo el acoso del coche, que luego viró con rapidez, lanzándose como un animal furioso hacia el hueco de una callejuela inmediata, por la que penetró, rugiendo su motor a toda potencia, cuando ya un tercer disparo brotaba del arma, sin alcanzar al vehículo.

Cuando Mark Reeves corrió a la esquina, para hacer un nuevo disparo, éste brotó ya algo tarde. El automóvil viraba en la siguiente esquina, perdiéndose de vista justo cuando el proyectil zumbaba, rozando el metal de la carrocería, pero ya sin dañar seriamente al vehículo ni a su conductor.

Reeves pareció conformarse con eso, sin pretender seguir al enemigo más allá. Regresó junto a Belinda Kerr, sin desviar su mirada del cuerpo inmóvil del que dijera ser el señor Albert... y cuyo físico así lo pregonaba también, incluso a personas que le conocían tan perfectamente como su empleada, Belinda.

—¿Quién... quién es usted? —oyó gemir a la muchacha—. Creo que... le debo la vida, señor.

—Tuvo usted suerte, eso es todo —resopló Reeves, ceñudo, acercándose al caído—. Si llego un segundo más tarde, nada ni nadie la hubiera salvado, esté segura.

—Sí, me doy perfecta cuenta de ello... —susurró la azafata—. Ese hombre... Era mi jefe. Una persona de toda confianza... ¡Y pretendió matarme! Usted... usted lo ha visto...

—Claro que lo he visto. Pero no la mató. Esta vez, algo les falló a

esta gente. De todos modos, no esté tan segura de lo que dice. Acabo de dejar al auténtico señor Albert, cuando vine hacia acá para ayudarla, si es que aún era posible. Estaba seguro de que si su muerte no iba a ser un crimen estúpido, ellos la traerían aquí, antes de intentar matarla...

—¿Ellos? ¿Quiénes son? Ese hombre del coche era un médico... de una clínica privada muy prestigiosa. Y el otro... ya le dije quién era... Usted no puede haber visto en otro sitio al señor Albert... — Belinda se aproximó a él lentamente, mirándole muy fija, mientras los curiosos iban aproximándose al lugar del drama, y sonaban silbatos policiales muy próximos a ellos—. ¡Dios mío!; ¿qué está ocurriendo? Hablaron de... de otro asesinato... De mi compañera Celeste Kelly...

—Desgraciadamente, tenían razón. Su amiga está muerta. La asesinaron.

—¡Dios mío!... Pero ¿por qué? —sollozó Belinda—. ¿Por qué ella?

—Creo que cometieron un error. Pensaron que era usted... Ahora iban a rectificar ese fallo, es evidente... Ese hombre del coche no era ningún médico. Ni la llevaban a clínica alguna. Es obvio que usted tenía algo que les interesaba mucho. Era su vida el precio de ese objeto tan decisivo para ellos... Y, como siempre, iban a cometer su crimen a la vista de todo el mundo... —Se inclinó junto al caído, y tomó el arma con su pañuelo, cuidadosamente, guardándola en el bolsillo, envuelta en él. Después, giró al muerto, hasta ponerla boca arriba, a la luz del alumbrado callejero y los cercanos escaparates y luminosos de la noche de Montreal.

Se quedó mirando el cuerpo sin vida, de cuya sien se deslizaba un reguero de sangre rojo oscura. Su rostro parecía revelar algo, una emoción extraña, una impresión fuera de lo corriente.

Belinda, temblorosa, estaba ya junto a él. Miró a Reeves. Le preguntaba con voz ronca:

—Me... me gustaría saber quién es usted...

—Reeves —dijo él—. Mark Reeves. Agente especial del Gobierno del Canadá. No tiene ya nada que temer a mi lado. He venido para protegerla. Pronto estará aquí la Policía Montada.

En la distancia, confirmando sus palabras, ululaban las sirenas policiales. Belinda, sin dejar de mirar a Reeves, al observar su gesto absorto, indagó, curiosa:

—¿Qué ocurre ahora? ¿En qué está pensando, señor Reeves?

—No, señorita Kerr —murmuró él—. No pienso en nada... Miraba, simplemente. Miraba a ese hombre que usted dijo era Albert, de la Canadian Air Lines. Mírelo usted también. Creo que estamos asistiendo a algo que explica todo lo que no logramos entender hasta ahora... Y es una explicación tan inverosímil como los hechos que acontecieron. ¿Lo ve usted, señorita Kerr? ¿Ve usted lo que yo veo?

Belinda miró al hombre muerto. Y comprendió las razones para que su salvador revelase semejante asombro en su rostro, un estupor tan grande ante lo que parecía no entender.

Porque el rostro familiar de Albert, su increíble asesino fallido... ¡estaba deformándose paulatinamente ante sus ojos!

Aquella cara, como si estuviese hecha de cera derretida, se deshacía, se disolvía muy despacio, hecha materia moldeable su piel y su carne... ¡Ya el rostro de Albert no parecía siquiera ese rostro, y se transformaba en unas facciones más duras y rígidas, a la vista misma de ellos dos!

—¿Qué... qué es *eso*? —gimió Belinda con auténtico horror.

—Eso es... la explicación de un enigma, señorita Kerr —murmuró Reeves roncamente, apretando sus mandíbula con fuerza—. Ahora ya puede usted comprender por qué a los asesinos no les importaba demasiado que les viesan el rostro, públicamente. No podía importarles demasiado, porque *NO ERA* su cara la que veían los testigos...

—Pero... pero ¿qué le sucede? ¿Por qué la cara se deshace, se altera de ese modo...?

—No lo sé aún. Sólo puedo imaginarlo. Pero usted ya ve ahora la respuesta. El hombre que intentó matarla, no es Albert. Nunca lo fue. *Algo* permitió que su rostro cambiara. Y ahora, la muerte le devuelve su auténtica faz. Es como la vieja historia del hombre y del monstruo, de Jekyll y de Hyde... La Ciencia puede crear monstruos, lo estamos viendo. Pero el monstruo, en definitiva, está siempre dentro de nosotros, y... ¡Señorita Kerr! ¿Qué le ocurre?

Llegó justo a tiempo de recogerla en sus brazos, para impedir que se desplomase en el duro suelo de asfalto. Belinda Kerr se había desvanecido ante la mutación increíble del hombre muerto, que ya en absoluto tenía el menor parecido con Albert. El rostro, por sí

solo, había cambiado en forma definitiva, revelando unas facciones muy diferentes tras su muerte...

* * *

—De modo que era eso...

—Sí, capitán Vernon. Era *asa*. Lo que la señorita Kerr y yo hemos visto. La explicación de todo. Ahora sabemos por qué Mulder, Metcalf, Melville o Albert, cuatro personas respetables, estaban mezcladas en los crímenes y hasta se habían atrevido a cometerlos a la vista de todo el mundo.

Zachary Mulder, Howard Metcalf, Jean Paul Melville y el señor Albert, asintieron en silencio. Los cuatro estaban presentes en la reunión. Mulder apenas si llevaba dos horas en libertad, aquella madrugada ya cercana al alba, en las vísperas mismas de la inauguración de las Olimpiadas de 1976. Eran, exactamente, las cinco de la madrugada del día diecisiete de julio. Sólo unas pocas horas más... y el esplendoroso Estadio Olímpico acogería en su recinto el desfile inaugural de los juegos, a la vista del mundo entero, con todas las cámaras de televisión centradas en el verde gazon del recinto olímpico.

Paul Vernon, de la Real Policía Montada, paseó por la estancia como en él era costumbre. Se detuvo ante la ventana, contemplando la luz matinal que asomaba ya en la distancia sobre los perfiles de Montreal. Pasó una mano cansada por su rostro. Las tazas de café estaban ya vacías.

—La carne humana, convertida en materia moldeable, en plástico variable... durante un corto período de tiempo... —susurró—. ¿Es ése el misterio?

—Es uno de los misterios, capitán —rectificó Reeves, pensativo—. Skalko era químico industrial. Conocía el secreto. Algo inventado por otra persona, pero que estaba en su poder quizá perfeccionado por él. Una fórmula química revolucionaria. Lo que mencionó una mujer llamada Jane Miller, en un mensaje suyo de emergencia. Lo que podía revolucionar al mundo. ¿Se imaginan que todo el mundo pueda convertirse, por una, dos o tres horas, en *OTRA* persona, sea ésta quien sea, desde el Presidente de un Banco hasta un jefe de Gobierno o un alto grado militar? Resultaría enloquecedor. Podrían

provocar guerras, atracos, robos audaces, asesinatos impunes... Científicamente, debe tratarse de algo que altera la estructura de ciertas células, haciendo de la piel y carne humanas un elemento moldeable, como cera. Eso basta para convertirse, con cierta habilidad, en quien uno quiera. Pasado el efecto de la droga inyectable, la cara original vuelve a ser la que era. De ese modo fueron suplantadas personas como Mulder, Metcalf, Melville o Albert. Nadie distinguió la diferencia entre el ser real y el ficticio. En espionaje, en seguridad nacional, eso es, francamente, desastroso. Hemos observado los efectos de la droga. No se aprecia nada anormal en quien se inyecta esa sustancia.

—Pero todo eso, conducirá a algo, no sólo a hacer una serie de demostraciones públicas de un gran hallazgo científico... —objetó Melville, preocupado.

—Nos tememos que así sea —confirmó Reeves, sombrío—. Y puede ser algo relacionado con la Olimpiada... Jane Miller nos anunció eso, al morir. Luego, la muerte de Skalko, que era quien mejor podía informarnos, confirmó tal aviso. Pero Skalko, casualmente, había entablado amistad con Belinda Kerr, y la hizo depositaria de una llave perteneciente a un apartado de la Torre Olímpica. Belinda, la noche en que sufrió el *shock*, retiró de ese apartado, al saber que Skalko estaba muerto, lo que allí guardaba el químico checo. Es decir: la llave no le hubiera servido de nada al falso Albert... aun matando a Belinda Kerr. Por fortuna, no logró tal cosa. Su error al matar a Celeste Kelly, no pudieron rectificarlo.

—Todo parece aclarado en ese punto —observó Mulder, ceñudo—. Pero mi sobrina fue asesinada. Y yo fui inculpado. Otros murieron, después. Y estos caballeros también fueron acusados. De no descubrirse la verdad, seguiríamos bajo sospecha. Y yo, encarcelado, porque tuve la desgracia de no poseer coartada alguna... ¿Qué se va a hacer para aclarar los motivos que mueven a los asesinos a actuar así?

—Se está intentando todo, señor Mulder. Se lo garantizo —habló Vernon, secamente—. Admito que a todos les debo disculpas. A usted, más que a nadie. Pero por otro lado, gozó usted de la mejor de las coartadas, mientras esos asesinos seguían actuando. Usted estuvo encarcelado, mientras continuaba la serie de crímenes. Su inocencia es tan clara como la de los señores Metcalf, Melville o

Albert. Es su único consuelo, lo admito.

—¿Cree que eso puede bastarle al señor Mulder? —dudó Metcalf, con gesto hosco.

—Ya sabemos que nada puede bastar para consolarnos a ninguno —terció Reeves, algo áspero su tono—. Ahora, el asesino, el que fingiera ser el señor Albert, está siendo examinado en los laboratorios. Sus huellas han sido enviadas a los Gobiernos canadiense y norteamericano. Se trata de saber por qué están tan interesados esos criminales en la droga que vamos a llamar *multiflex*, siguiendo el nombre que Skalko le da en los apuntes que hallamos, junto con dos cargas de la sustancia, en poder de la señorita Belinda Kerr, y que la cabina

DL-773

guardó hasta la víspera de la muerte de Celeste Kelly...

—¿Quién pudo inventar algo tan asombroso? —se interesó Melville, lleno de curiosidad.

—Quizá nunca lleguemos a saberlo. Alguien que fue muerto por otros asesinos, sin duda. Skalko obtuvo unas muestras, una fórmula... y escapó con todo eso. El *gang* u organización asesina, emprendió su persecución por ello. Y todos han ido cayendo bajo su acción criminal. Pero la gran amenaza sigue en pie, pese a todo: ¿qué va a suceder en las Olimpiadas, caballeros? Es®, sólo Dios lo sabe, pese a cuantas medidas de seguridad, han sido adoptadas...

Golpearon suavemente la puerta de la oficina en ese momento. Vernon dio permiso, y entró uno de sus agentes con un documento, que entregó al capitán. Tras leerlo en silencio, el oficial de la Policía Montada carraspeó, y elevando la voz, informó a los presentes:

—Señores, el falso Albert, el fallido asesino de la señorita Kerr, ha sido identificado por nuestros Servicios de Seguridad, como Norman Kubrek. Un asesino profesional, experto tirador, de origen centroeuropea, aunque nacionalizado norteamericano. Hay referencias de que trabajó para el Sindicato del Crimen, recientemente.

—El sindicato... —murmuró Metcalf, ceñudo—. Tal vez la Mafia esté mezclada en esto, capitán...

—Tal vez. Pero lo dudo —confesó el oficial de policía, tirando el informe sobre su mesa—. Recuerde que esa gente se alquila al mejor postor. Sólo Dios sabe quién podría pagar hoy en día mejor

que la Mafia, pero... siempre puede existir una organización internacional, cualquier grupo terrorista, a sueldo de un país o de una ideología determinada... que pague a peso de oro el servicio de auténticos asesinos profesionales. Está ocurriendo eso en todo el mundo con demasiada frecuencia: mercenarios, pistoleros o especialistas... que ni siquiera entienden a qué causa sirven. Pero lo hacen a conciencia. Y todos sabemos lo que eso significa. Yo, caballeros, diría que...

Una nueva interrupción detuvo las palabras de Paul Vernon. El capitán descolgó el teléfono que acababa de empezar a sonar. Pronunció unos monosílabos. Y su rostro se alteró, perdiendo color y seguridad. Su gesto se hizo crispado, lleno de alarma. Reeves le contempló fijamente.

—¡Cielos, no...! —le oyó jadear. Y, tras una pausa, Vernon añadió, con voz brusca—. Está bien. Vamos allá enseguida. ¡Maldita sea, claro que sí! *Ahora mismo*. No voy a dormir, después de esa noticia...

Colgó. Se quedó mirando a los cuatro hombres que fueran hasta entonces sospechosos de diversos crímenes. Finalmente, clavó sus ojos en Reeves. Eran unos ojos que revelaban terror, angustia.

—Era un informe de urgencia de la Villa Olímpica —jadeó—. Lo peor ha empezado a ocurrir ya...

—¿Qué es ello? —preguntó Reeves, tenso su rostro, con un hilo de voz.

—El equipo de baloncesto de Estados Unidos. Ha sido secuestrado. Si a la hora de inaugurarse los Juegos, no han recibido los raptos, cien millones de dólares en efectivo... ¡matarán a toda la expedición deportiva americana!

IV

—Cien millones de dólares...

—Eso es: cien millones. Y todo en dinero americano. Ni un dólar menos. O toda la expedición de baloncesto será asesinada. Además, será solamente un primer paso. El siguiente aún sería más trágico, aunque no especifican cuál es. Y caería, igualmente, sobre la Olimpiada.

—¿Quién se atribuye el rapto y la petición de rescate?

—Se llaman a sí mismos Movimiento Mundial Liberador.

—¿Liberador... de qué o de quiénes? —preguntó abruptamente el capitán Vernon.

—No lo sé. Eso no lo dicen. Ciertamente, no son palestinos. Ni judíos. Tampoco creo que sean comunistas o anarquistas vulgares. Es algo diferente. Y menos concreto.

—Sí, entiendo... —Vernon cambió una mirada con el alto miembro del Comité Olímpico Internacional y con el Ministro del Interior, que llevaban pocos minutos reunidos con él en la propia residencia del político canadiense. Afuera, había amanecido ya. Pero no para ellos—. Supongo que se van a reunir esos millones...

—Supone bien. Pero a estas horas no es fácil hacerlo. Hemos llamado al director del Banco de Canadá, y él se está ocupando de los trámites, secretamente. Es preciso evitar la publicidad sobre el hecho, o habremos arruinado definitivamente los juegos.

—Si el equipo de baloncesto USA no desfila hoy mismo en el estadio, en la ceremonia de apertura, el secreto se habrá hecho mil pedazos, señor —objetó el miembro del COI, nerviosamente—. Y no creo que haya tiempo para rescatarles de esa Organización...

—Tiene que hacerse, sea como sea. No digan nada a la Prensa. Eviten filtraciones —rogó el Ministro del Interior—. Yo me he comunicado ya con el Primer Ministro. Y él, directamente, con la Casa Blanca, en Washington. Espero que sea suficiente, para estar en contacto todos durante estas horas. Todos estamos de acuerdo en mantener oculta la noticia, mientras ello sea posible.

—¿Cómo pudieron llevarse de la Villa Olímpica, a semejantes horas,

a toda la selección de *basket* de Estados Unidos? —quiso saber el alto funcionario del COI, mientras apuraba un café bien cargado que les había hecho servir el ministro.

—Utilizaron una sustancia que conocemos ya perfectamente. Pero no así los jugadores yanquis —suspiró amargamente Paul Vernon—. La organización que se llama a sí misma Movimiento Mundial Liberador, ha cometido varios crímenes en poco tiempo. Y todo para evitar que llegáramos a conocer su gran instrumento, aunque también para llevar a cabo con éxito su golpe contra los atletas. Hemos llamado a esa sustancia *multi-flesh*, o *carne múltiple*, por sus increíbles propiedades. Se trata de un producto inyectable en la epidermis humana, que vuelve a la piel y la carne totalmente moldeables durante cierto espacio de tiempo. Así, como quien modela arcilla o cera, se puede variar por completo un rostro humano, hasta hacerle adquirir el aspecto que se desee.

—¡Es fantástico! —gimió el miembro del Comité Olímpico Internacional.

—Lo es —asintió Vernon, ceñudo—. Al servicio del crimen organizado, esa sustancia se convierte en un auténtico peligro para la sociedad y para la seguridad de los pueblos. Ahora, imagínelo en manos de un organismo internacional terrorista... Y ése es, precisamente, el caso. Ellos disponen de ese recurso. Apelan a cualquier suplantación, por audaz que sea. Y en este caso concreto, no dudaron en suplantar a varias personas, simultáneamente, con lo que consiguieron engañar totalmente a los atletas. Esas personas han sido todos altos funcionarios de la Ciudad Olímpica e incluso miembros de la Policía Montada. Se invitó a los atletas a cambiar urgentemente de alojamiento, con el pretexto de que había sido avisada la existencia de un explosivo en sus habitaciones. Eso, dicho por personas responsables, que ellos conocen muy bien, así como el Delegado de la expedición olímpica de Estados Unidos, resulta convincente.

—Cielos, la audacia de esa gente es aterradora...

—Lo es, señor —afirmó el ministro canadiense del Interior, con tono grave—. Totalmente engañados, abandonaron los alojamientos, y fueron conducidos a un vehículo que aparentaban vigilar miembros de la Policía Montada. Miembros que, desgraciadamente, habían sido muertos o quitados del paso por los

terroristas, de modo que los verdaderos agentes de servicio les dejaron circular libremente por el recinto olímpico. Cuando quisieran darse cuenta de que todo aquello no tenía sentido y nadie sabía nada sobre esa supuesta bomba, la expedición de baloncesto de Estados Unidos, había salido ya del recinto, con los falsos policías y altos funcionarios, en un autocar cuyo paradero, en estos momentos, es un completo misterio.

—Y no se pueden efectuar batidas ni buscar demasiado, por una sencilla razón —añadió secamente el capitán Vernon—: Hemos sido advertidos de que si ello es así, nos enviarán los cadáveres de los dos primeros jugadores sacrificados, de modo inmediato.

—Creo entenderlo muy bien —suspiró el miembro del Coi—. Estamos atados todos de pies y manos, en tanto tengan ellos sus rehenes. Y además, hay que moverse con toda rapidez, para pagar ese rescate antes de que comiencen a matarlos uno tras otro...

—Eso es: ellos buscan popularidad para su movimiento. Y el dinero, claro está. Vamos a negarles esa popularidad que buscan. No se hará publicidad alguna del suceso. Pero forzosamente debemos llevarles el dinero. Si empiezan a matar jugadores, ya nadie podrá impedir que la noticia se extienda como un reguero de pólvora. Y además de la masacre, tendremos ya un clima de terror en la Olimpiada, que la arruinará por completo. No podemos permitir que esos hombres sufran daño alguno. Son unos muchachos que vinieron a competir noblemente en un deporte, no a correr peligro de muerte por nuestro fracaso en tomar las adecuadas medidas de seguridad.

—¿Cómo van a entregarles el rescate, si se logra reunir esa fortuna en efectivo?

—No lo sé aún. Estamos esperando noticias de ellos. Han quedado en darnos instrucciones esta misma mañana. Mientras tanto, no se puede hacer absolutamente nada...

—Como verá, la situación es grave —puntualizó, sombríamente, el ministro—. Dios quiera que todo salga bien...

* * *

—¿Qué es lo que va a suceder ahora, señor Reeves?

—No lo sé —confesó roncamente el agente del Gobierno—. Yo que

usted no me preocuparía por todo esto. Ha pasado ya varias situaciones difíciles. Sus nervios necesitan descanso, señorita Kerr.

—¿Cree que puedo descansar, mientras esas vidas peligran? —gimió ella—. ¡Pobres chicos! Un puñado de jóvenes jugadores, llenos de ilusiones deportivas... Y ahora, sólo un milagro puede devolverlos sanos y salvos...

—Ese milagro vale cien millones de dólares —suspiró Reeves—. Espero que sean capaces de reunirlos. Por desgracia, no existe otro medio de salvar sus vidas. Y con ellas, quizá muchas otras en la Olimpiada. Ellos no se detendrán sólo en esa matanza, si se ven burlados y sin dinero. Su plan es evidente: provocar suficiente terror como para que los Gobiernos cedan a sus pretensiones, por desorbitadas que sean.

—¿No existe ninguna otra posibilidad de rescatarles sin pagar el dinero, de poder caer sobre esos terroristas y terminar con su cadena de horrores? —musitó ella.

—No lo creo. Al menos, no ahora. Son los más fuertes, y lo saben.

—Reeves sacudió la cabeza, con desaliento—. Si hubiera una sola probabilidad entre mil, créame que yo sería el primero en ofrecirme voluntario para intentarlo, a vida o muerte, señorita Kerr. Pero no es ése el caso. Ni siquiera sabemos de ellos otra cosa sino que alquilaron a un pistolero de la Mafia para sus trabajos sucios. Desconocemos todo sobre los miembros de ese Movimiento Mundial de Liberación, sobre sus ideas, propósitos y sentido. Y mucho menos sabemos aún sobre sus dirigentes. Todo, en ellos, es un puro misterio. Pero saben cómo golpear y en qué momento. El hecho de poseer esa sustancia, les ayuda mucho...

—¡Oh!, la fórmula de Skalko... —Ella afirmó, despacio—. Es evidente que Skalko conoció en Nueva York a Jane Miller y, por alguna razón, la hizo partícipe de lo que sabía, e incluso le entregó alguna dosis de la sustancia, junto con un apunte o una fórmula para entregarla a las autoridades, si las cosas se ponían feas. Ni Jane Miller ni Skalko llegaron muy lejos. Los terroristas seguían su pista de cerca. Si poseen la fórmula, pueden fabricar cuantas dosis necesiten para sus planes...

—Eso es evidente, señorita Kerr. Lo que me pregunto es dónde adquirirían las primeras dosis de ese producto, antes de despojar a Jane de su polvera y Obtener así la fórmula.

—Reeves hizo un gesto de perplejidad. —En fin, dejemos eso ahora. Lo que cuenta es salvar a esos muchachos...

—¿Cree que, si se les entrega el dinero, ellos van a devolverlos sanos y salvos, señor Reeves? —preguntó la muchacha, anhelante.

—Imagino que sí. De otro modo, se cerrarían la puerta ellos mismos, para futuras peticiones de ese estilo. Sí, por ese lado no temo nada... ¡Ah! Y no vuelva a llamarme *señor Reeves*, señorita Kerr. Creo que no soy tan viejo ni respetable como para eso —sonrió el joven agente especial, poniendo una nota de humor en su grave tono actual.

—Conforme. Le llamaré por su nombre. Es Mark, ¿verdad? —También Belinda Kerr tuvo un relajamiento momentáneo de su estado nervioso, y hasta esbozó una tímida sonrisa, al tiempo que añadía, ante el asentimiento de él—: Pero será a cambio de que usted me llame Belinda, simplemente.

—Perfecto, Belinda —miró con simpatía a la joven. Los profundos ojos verdes de él, hicieron que la muchacha desviara sus ojos azules, enrojeciéndose levemente. Luego, Mark miró al exterior por la ventana del alojamiento donde el capitán Vernon había instalado a la muchacha, para mayor seguridad. La luz del sol brillaba ya sobre Montreal. En muchos edificios de la ciudad, ondeaban gallardetes y banderas con los aros olímpicos y con el gracioso castor, símbolo de la Olimpiada canadiense. Tras un silencio, la aconsejó—: ¿Por qué no se retira a descansar ya, Belinda? Es muy tarde, y ha sufrido mucho...

—Yo diría que es muy temprano —rectificó ella suavemente, mirando al dorado sol matinal, mientras apuraba un poco de café para combatir el posible sueño—. Y hoy puede ser un gran día para Montreal... o el peor de su historia. No, no podría dormir ahora, créame. Prefiero estar en pie, Mark. Y esperar... Aunque no pueda hacer yo nada... esperar. Y confiar en Dios. Y un poco, también, en ustedes...

—Le aconsejo que piense sólo en Dios. Nosotros, por desgracia, nada podemos hacer.

En ese momento, sonó el teléfono del alojamiento. Belinda se sobresaltó. Reeves apresuróse a descolgarlo. Tranquilizó a la joven, al escuchar por el auricular:

—Es para mí —escuchó, asintiendo—: Sí, capitán, soy yo. Estoy

haciendo un poco de compañía a Belinda... a la señorita Kerr... ¿Cómo? Sí, entiendo. Sí, voy para allá. Enseguida. No perderé un solo momento...

Colgó. Su rostro reflejaba, ahora, tensión. Los ojos centelleaban. Se encaminó a la salida, con largas zancadas, Belinda Kerr le miró, preocupada.

—¿Algo nuevo, Mark? —quiso saber.

—Sí —suspiró él—. Han logrado reunir solamente sesenta millones en efectivo. Y han recibido ya un mensaje del Movimiento Mundial de Liberación. Con instrucciones para el rescate...

* * *

—¿Instrucciones para el rescate?

—Sí, eso dije. Será esta misma mañana. Necesitamos liberarlos para la inauguración de los Juegos. Es imprescindible, Reeves.

—Lo sé, capitán. Pero faltan cuarenta millones, aún, para reunir la cifra requerida...

—Ellos aceptan el pago de esos sesenta millones. Devolverán sanos y salvos a los jugadores, con tiempo para estar en el desfile olímpico. Pero se quedarán con su principal *estrella*. Y con el entrenador.

—¿Qué? —Pestañeó Reeves—. ¿De rehenes?

—Eso es. Habrá que inventar algo para justificar su ausencia del desfile. Espero que no sea difícil. Unas lesiones, una dolencia, lo que sea. Tendremos de tiempo basta el primer partido que juegue el equipo norteamericano, para entregar los otros cuarenta millones y rescatar a los dos rehenes. No hay otra solución. Hemos aceptado ya.

—¿Y el modo de entregar el dinero y recoger a los jugadores...?

—Ya dieron sus instrucciones precisas. Un emisario llevará el dinero en bolsas de deporte. Por la carretera hacia la Ciudad Olímpica. Hay un desvío antes de llegar al Jardín Botánico, vecino a la zona donde se han edificado las instalaciones olímpicas. Por allí deberá ir el emisario. Y esperar nuevas instrucciones, en un punto del camino, junto a un pequeño estanque con un puentecillo. Nada de vigilancia. Nada de policía, de cerca o de lejos... o los jugadores de baloncesto serán asesinados inmediatamente, sin esperar a más.

—Ya. ¿Quién será el emisario, capitán Vernon?

—Una persona muy especial. Alguien que me hace sospechar que... cuando entregue el rescate, posiblemente sea retenido también allí, como un tercer rehén, junto con el entrenador americano y su jugador más importante y famoso, cuyo nombre no creo que necesite recordarle...

—Soy lo bastante aficionado al baloncesto para saberlo, capitán —sonrió tristemente Reeves, encogiéndose de hombros—. Lo que no adivino fácilmente es qué persona va a actuar como emisario y portador del dinero...

—Será... el verdadero Jean Paul Melville, Delegado del Comité de Organización de los Juegos, y persona muy afín al baloncesto, como sabe.

—¡Melville! —Parpadeó Reeves—. Primero le utilizaron como falso y presunto asesino de Celeste Kelly, en la Ciudad Olímpica... y ahora le señalan a él para entregar ese dinero. Parece que Melville goza de sus simpatías.

—Ya lo he llamado para que se reúna inmediatamente con nosotros. Le he anticipado algo y, la verdad es que está asustado...

—Lo creo. No es una misión para un hombre como Melville... Ese hombre no podrá luego ayudarnos mucho, si queremos localizar a los terroristas o sacar algo en claro de su contacto con ellos...

—Es muy cierto. Eligieron bien a su hombre. Melville es hombre prestigioso, pero de escasa iniciativa y dudosas dotes de observación. Quizá por eso lo han escogido.

—Sí, capitán, pero... ¿por qué no combatir al enemigo con sus propias armas?

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Vernon, mirando a su amigo con extrañeza.

—Que, bien mirado... yo podría ocupar el puesto de Jean Paul Melville, en esa difícil y peligrosa misión...

V

—¿Usted, Reeves..., ocupar *mi* puesto?

—Sí, señor Melville, eso dije.

—Pero... ¡pero ello no tiene sentido! —protestó el Delegado del Comité Organizador de Montreal—. No nos parecemos absolutamente en nada, usted y yo. Nunca podría engañarles...

—Caballeros, tenemos unas dosis pertenecientes a Skalko, que la señorita Kerr extrajo de la cabina alquilada en la Torre Olímpica por el químico checo, antes de ser baja en el servicio de información de la Canadian. Se puede gastar una, para un caso de la trascendencia de éste. La policía está conforme. Mi departamento, también. E incluso el Gobierno del Canadá. Aunque, naturalmente, esto quedará entre todos nosotros, como un alto secreto, que jurarán todos no revelar a nadie bajo pretexto alguno.

Todos los presentes se miraron entre sí, sorprendidos. Al fin, respondieron paulatinamente:

—Tiene mi palabra —dijo Zachary Mulder—. Nadie sabrá nada por mí. No repetiré esto a nadie, Reeves.

—Lo mismo digo —habló Metcalf—. Juro mantener mi boca cerrada.

—Yo, como si nada supiera —suspiró Albert—. Sólo si me torturan, quizá hablaría...

—Conforme, Reeves —terminó hablando Jean Paul Melville—. Le prometo no hablar con nadie de esto, ni siquiera con mi familia. Estricto secreto, como el asunto que llevamos ahora entre manos. ¿De veras va usted a... inyectarse esa sustancia... y moldear su rostro a semejanza del mío?

—Exacto —afirmó Reeves, rotundo—. Es lo que haré.

—Puede ser peligroso —señaló Metcalf, roncamente.

—¿Para mí? —sonrió Reeves—. Lo sé. No estamos jugando para divertirnos.

—También es peligroso, pero para esos chicos prisioneros —añadió Metcalf—. Si descubren el engaño, podrían matarles... Y a usted con ellos.

—Yo no pienso engañarles. Les daré dinero auténtico. Ellos liberarán a los prisioneros, con las excepciones previstas. Si me permiten marcharme, quizá pueda localizar su refugio. Aunque venden mis ojos, poseo un gran sentido de orientación. Y algunos recursos con los que ellos no cuentan...

—¿Y... si no le liberan? —sugirió Zachary Mulder, eligiendo el lado pesimista.

—Eso sería peor. Tendría que actuar, *antes* de que el efecto de la droga pasara. Pero también, en ese caso, habrá que pensar en un plan de batalla. Si hay tiempo para todo...

—No lo hay —negó Vernon, rotundo—. Si va a intentarlo, Mark, vaya a casa del ministro del Interior, ahora mismo. Tiene la dosis dispuesta para serle inyectada. Melville irá con usted, y un especialista de su departamento le moldeará, entonces, el rostro, y se le aplicará los postizos y lentillas adecuados, para asemejarse a Melville. Encórvese un poco, y pasará por él. El ministro tiene, también, las dos bolsas con el dinero. Hasta más tarde, amigo mío..., y buena suerte.

—Gracias, capitán —los dos hombres se estrecharon con firmeza la mano, contemplándose con mutua simpatía. Había algo de emoción en la despedida. Reeves la abrevió, saliendo rápidamente con Melville, en dirección a la residencia del ministro del Interior.

Vernon contempló fijamente a Albert, Mulder y Metcalf. Tras un silencio, les dio instrucciones:

—Ustedes, señores, vuelvan a sus alojamientos, por favor. No hablen con nadie de nada de esto, recuérdelo bien. Ni a amigos ni a familiares. A nadie. Por si algo pudiera sucederles he previsto ponerles vigilancia. Tendrán a la puerta un par de agentes cada uno de ustedes. No ha sido nada fácil, con la cantidad de policía que movilizan las Olimpiadas, pero sus vidas me resultan lo bastante importantes como para esforzarme en que sean protegidas. Buenos días, caballeros. Espero que nos veamos todos en la Olimpiada, a la hora de la inauguración...

—Allí estaremos —prometió Metcalf—. Y también espero que veamos desfilar a los baloncestistas americanos... aunque su *forfait* beneficiaría a nuestra selección.

Salieron de la estancia, uno tras otro. Cuando el capitán Vernon se quedó solo, su mirada se dirigió instintivamente a las lejanas

estructuras olímpicas, a los gallardetes y banderas que llenaban las calles. Una primera edición matutina de un diario de Montreal, aparecía sobre su mesa, con la tinta de sus titulares fresca todavía. Eran grandes titulares, para un gran acontecimiento mundial:

«HOY. INAUGURACION DE LOS XXI JUEGOS OLIMPICOS. ¡BIEN VENIDO EL DEPORTE MUNDIAL A NUESTRA CIUDAD!».

Más abajo, un titular más pequeño anunciaba a los lectores:

«ENORME DESPLIEGUE POLICIAL QUE GARANTIZA LA SEGURIDAD DURANTE LA OLIMPIADA».

Una amarga risita de sarcasmo escapó por entre los apretados dientes del capitán Paul Vernon, de la Real Policía Montada del Canadá.

* * *

El automóvil se detuvo junto al pequeño estanque cruzado por un puente. Varios cisnes se movían grácilmente sobre sus limpias aguas. Más allá, se veían los setos y arboleda que rodeaba el Jardín Botánico, y más lejos aún, la frondosidad del Parque Maisonneuve, con la Ciudad Olímpica en su interior.

Bajó el hombre, con las dos bolsas de deporte, color mostaza, en sus manos. Se quedó en pie junto al estanque. Cualquiera que conociera lo suficiente a Jean Paul Melville, lo hubiera reconocido enseguida en aquel hombre. Y era mucha la gente en Montreal que conocía al importante funcionario de los deportes.

Miró alrededor. El silencio y la soledad eran sus compañeros en aquel paraje. Los secuestradores habían elegido bien. Si le hubiera seguido alguien, hubiera resultado lo bastante visible para que los terroristas dieran marcha atrás, cumpliendo sus amenazas.

No transcurrieron ni quince minutos de espera. Súbitamente, una voz cuchicheó a espaldas del supuesto Melville, tras los setos inmediatos al estanque:

—Jean Paul Melville... Rodee el estanque. Tome el sendero junto a las astas de las banderas olímpicas... Y deténgase ante la furgoneta que espera allí.

Obedeció al pie de la letra. La furgoneta resultó ser una «Volkswagen» alemana, color gris. El hombre que iba al volante llevaba un pasamontañas cubriendo su rostro. Y guantes. No se volvió a mirarle siquiera. Se limitó a ordenar:

—Suba atrás. Cierre después las portezuelas. Es todo. De nuevo cumplió las instrucciones. Apenas hubo entrado, supo qué no estaba solo. Cerró, obediente. En la oscuridad de la cabina sonó otra voz:

—Venga acá. Siéntese en este banco. Le vendaremos los ojos. Hará un breve viaje. No intente nada, o no vivirá para contarle, Melville. No objetó nada. Se sentó, y unas manos accionaron en la sombra un trapo negro y ancho que ciñeron a su cabeza, tapándole totalmente los ojos. Aunque aquello hubiese estado lleno de luz, no hubiera visto nada en absoluto.

—Ahora, le registraré por si lleva algo —dijo la voz—. No queremos trucos ni sorpresas desagradables.

El examen resultó nulo. No le quitaron objeto alguno. No llevaba armas de fuego, ni objetos sospechosos de ningún tipo. O al menos, nada que llamase la atención en un registro convencional. Le hicieron sentar de nuevo. El coche rodaba ya. Mentalmente, Reeves trataba de situarse, de calcular la forma en que se movía la furgoneta. Resultaba muy difícil, pero él tenía un entrenamiento especial en ese sentido. Los agentes especiales se educaban para cosas que otras personas no conocían. Una de ellas, era pasar horas y horas en coches en marcha, con los ojos vendados, tratando de calcular exactamente distancias, velocidad desarrollada, marcha en línea recta, en zigzag, describiendo curvas o dando rodeos.

—Está muy callado —dijo su captor—. Nadie le prohíbe hablar, si así lo desea, Melville.

—No siento muchos ánimos de hacerlo —confesó Reeves—. Creo que usted lo entenderá...

—Sí, claro —rió el otro—. Asustado, ¿no?

—Un poco. Es la primera vez que me veo en un trance así.

Seguía la charla. Pero él continuaba con su mente fija en el recorrido. El tiempo no contaba. A veces iba deprisa, y, a veces, lentamente. Había contado hasta diez curvas. Y algunas vueltas, sin duda innecesarias; para desorientarle. Teniendo en cuenta la posición de la furgoneta, al subir a ella, debía de viajar en dirección nordeste. Como si se dirigieran a Quebec.

De pronto, paró el coche en alguna parte. Le hicieron poner en pie. —Hemos llegado —dijo la voz de su compañero—. Baje. Llevará el trapo negro hasta que se encuentre en el interior de un sitio al que nos dirigimos. Andando, Yo le guiaré.

Salieron, Reeves captó un fuerte aroma a hierba, a humedad, a flores. Y también a leña quemada. Se dejó guiar. Notó que le hacían dar un rodeo inútil. Luego, subió dos escalones, una puerta se cerró tras él, y caminaron por algún corredor. Otra puerta, otro golpe al cerrarse.

Y, finalmente, las manos soltando su venda negra. Parpadeó, deslumbrado.

Ante él, había hasta cuatro hombres con pasamontañas, armados de metralleta. Al fondo de una amplia sala, acaso una nave en desuso, hombres jóvenes, delgados y muy altos, esposados en hilera a unos gruesos tubos de hierro empotrados en el muro de cemento.

El equipo de baloncesto olímpico de los Estados Unidos. Le miraron, como si él fuese su libertador. O su ángel guardián. Le quitaron de las manos, las dos bolsas, los tipos de los pasamontañas.

—Contad —dijo uno roncamente—. Han de haber sesenta millones. El resto estará aquí en breve. O tres personas morirán: el entrenador, ese jugador... y el señor Melville.

Soltó una carcajada. Y Reeves supo que sus sospechas eran ciertas: él era el tercer rehén. Habría que poner en práctica el segundo plan previsto. El menos seguro de todos.

—No me importa lo que hagan conmigo —suspiró Reeves, encogiéndose de hombros—. Ellos cumplirán su palabra. Entregarán los otros cuarenta millones en pocas horas. Quizá mañana mismo. Si ustedes cumplen, no tengo nada que temer.

—Muy bien, Melville —aprobó uno de ellos—. Es un tipo sereno, ¿eh? No tema. Si cumple todo conforme lo indicado, no mataremos a nadie. Pero no tendremos piedad si nos fallan. Los países aprenderán así que, cuando exijamos un rescate, cumpliremos siempre con nuestras promesas. Es nuestra mejor garantía para futuras operaciones.

—Sí, es lo que suponía —comentó, entre dientes, Reeves, encogiéndose de hombros, como resignado a aquella situación. Su mirada se cruzó con la patética de los chicos del baloncesto—. ¡Hola, amigos! No hay nada que temer. Nadie os abandona.

Luego, se sentó en un banco de piedra adosado al muro. Vio venir a uno de los tipos del pasamontañas, con un bote de café. Lo tomó gustosamente. Sabía que nadie pensaba en envenenarle.

Llevó un tiempo contar los sesenta millones. Al final de la tarea, el que parecía tener una cierta autoridad sobre los demás, hizo un gesto expresivo.

—Id llevando a los prisioneros a la furgoneta —dijo—. Dejadlos en el sitio indicado. Melville se queda aquí, con el entrenador y el jugador elegido...

Estos dos últimos aludidos se miraron entre sí, asustados, palideciendo. Reeves les avisó, con voz serena:

—Nada teman. Nos sacarán de aquí en breve. El tiempo que tarden en reunir cuarenta millones más. Es una suma muy grande para tan corto espacio de tiempo, comprendan.

No dijeron nada. Pero no parecían tan convencidos como Reeves de que todo iría bien. Cuando ya uno de los terroristas abrió la puerta, para iniciar el desfile de jugadores hacia la furgoneta situada en el exterior, otro hombre penetró, con un pasamontañas y unas gafas negras cubriendo la rendija de los ojos. Llevaba guantes de cuero.

Se quedó parado en el umbral. Le miraron todos sus compañeros con aire respetuoso. El desconocido señaló hacia Reeves. Y habló con voz ronca:

—¡Esperad! ¡No sacad todavía a nadie de aquí! Hay un fraude de por medio. Ese hombre no es Jean Paul Melville. ¡Es Mark Reeves, agente del Gobierno! Y ha venido a localizar nuestro refugio y entregamos a la ley.

Asombrados, lanzando exclamaciones coléricas, los hombres del rostro enmascarado por los pasamontañas, se volvieron hacia el falso Melville. Los jugadores de baloncesto, también. Éstos, con ojos dilatados por un repentino temor a que todo se derrumbase para ellos.

Mark Reeves permaneció tranquilamente allí, mirando con aire indiferente a los terroristas, cuyas armas le encañonaron ahora.

—¿A qué viene ese sobresalto? —sonrió—. Me han registrado. No llevo armas...

—¡No lleva armas convencionales, pero sí de otra clase! —aulló el misterioso recién llegado—. ¡Registren todo su cuerpo! ¡Quítenle cuanto lleve, bolígrafo o pluma, encendedor o pitillera, sujeta

corbatas o lo que sea! ¡Los agentes especiales utilizan cámaras miniatura, plumas, pistola y cosas así! Sus ropas pueden ser un arsenal, sin nadie sospecharlo... Reeves es muy peligroso. Mató a Kubrek. Utilizó la droga para engañarnos... Por fortuna, estoy enterado de todo ello. ¡Vamos, quitadle cuanto lleve encima, dejadle en paños menores...!

—Sí, jefe, enseguida —dijo otro de los enmascarados, avanzando presto hacia él.

—Llegan tarde —dijo, con frialdad, Reeves—. Sí, mi querido amigo, usted llega tarde para advertir a sus esbirros. Sabía que aparecería, tarde o temprano. Informarle a usted de todo, igual que a los demás, fue un truco. Un truco para hacerle morder el anzuelo. Se ha delatado a sí mismo, al venir. Ya no podrá escapar de aquí. El lugar está rodeado.

Los terroristas parecieron desorientados. Se miraron entre sí. Luego, miraron a su jefe, mientras el arma de uno de ellos se asestaba ya sobre el pecho de Reeves, a menos de cinco pulgadas de su cuerpo.

—¡Miente! —rugió el misterioso jefe—. ¿No os dais cuenta de que miente? ¡No he visto a nadie, allá afuera! Nadie le siguió cuando lo trajisteis aquí. Iba solo, bien lo sabéis...

—Mi querido amigo, iba solo, eso es bien cierto —sonrió Reeves—. Pero si examinan a fondo mi bolígrafo del bolsillo superior de la chaqueta, descubrirán que es un diminuto y potentísimo emisor de ondas. Ha bastado seguir a distancia sus emisiones, para que escuadrones completos de la Montada, y helicópteros provistos de armas de gran alcance y precisión, rodeen esta zona. Estamos perfectamente localizados, al menos desde hace unos diez minutos.

—Sigue mintiendo —replicó agriamente el otro—. De todos modos, quitadle cuanto lleva. Podría haber algo de verdad en lo que dice.

—Lo hay —suspiró Reeves—. Y aún hay algo más: aunque me lo quiten todo, llegarán tarde. Como imagino que esa noticia les hará matarnos a todos, jugadores de baloncesto e incluso a mí mismo, he preferido anticiparme y montar la función a mi modo...

Se levantó del banco de piedra. Señaló sobre el mismo, un objeto cilíndrico y oscuro que todos contemplaron algo aprensivos.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre que le encañonaba con su metralleta, disponiéndose a retirar el objeto del banco.

—No, no lo toque —avisó Reeves—. No lo toque, si quiere seguir

vivo aún. Es una pluma estilográfica abierta. Eso es lo que aparentemente parece. En realidad, cuando la pluma se destapa y la capucha se sitúa en el extremo posterior, se establece un contacto interno que pone la nitroglicerina a punto de recibir la chispa detonante. Si se le mueve lo más mínimo, un simple roce, estalla. Si se dispara sobre él, igualmente. Si se deja ahí... en menos de un minuto, volaremos todos por los aires, sin remedio, al cumplirse el tiempo fijado por el mecanismo para estallar por sí solo. En todos los casos, es la muerte. Sólo pueden salvarse saliendo de aquí inmediatamente. Eso, yo no puedo evitarlo. Pero sí puedo tocarlo, y evitar que escapen. Si me disparan y hieren, por poco que pueda, llegaré a tocar la pluma, no lo duden.

—Un minuto... —Bajo el pasamontañas y las gafas negras, era obvio que el sudor debía empapar aquel rostro oculto—. No, no puedo creerlo, Reeves. Me está engañando... Usted no haría esa locura... Cuando menos, estando ellos ahí, los jugadores de baloncesto...

Reeves miró su reloj de pulsera, imperturbable. Se encogió de hombros.

—Crea lo que quiera. Me tiene sin cuidado. Pero le advierto que justamente ahora, empieza el minuto. Sesenta segundos para estallar, por sí sola la nitroglicerina. Están avisados...

—¡Quietos! —rugió el jefe, deteniendo a sus hombres, que iniciaban la retirada—. Nadie sale aún de aquí. Reeves, ¿tocará ese objeto maldito, si intentamos evadirnos?

—Sí. Lo haré.

—Habrá un modo de arreglarlo... ¡el que sea! —jadeó el siniestro personaje.

—Lo hay —sonrió Reeves—. Salir de aquí todos nosotros. Estallará el lugar irremisiblemente. Pero estaremos fuera, a salvo..., aunque, eso sí, rodeados por la policía y el Ejército canadiense. A cualquiera de ustedes que alzase su metralleta contra nosotros, le pulverizarían los tiradores especiales dispuestos por doquier.

—¡Van veinte segundos, jefe! —gimió uno de los terroristas.

—Faltan cuarenta... —meditó el aludido—. Usted sabe lo que hacemos los comandos terroristas en situaciones así, Reeves. Acostumbramos a morir matando.

—Sólo los suicidas y los idealistas. Ustedes no me parecen nada de

eso. Son terroristas por dinero. Simples criminales que se fingen libertadores de algo o de alguien. En treinta segundos, volaremos por los aires, amigo. ¿Qué decide?

En la distancia, allá afuera, ronroneaban motores aéreos. Y ululaban sirenas. Los enmascarados se miraron, trémulos. Reeves sonrió.

—No ha mentido, jefe —jadeó otro, que parecía a punto de correr hacia la salida—. Están ahí afuera... Tampoco creo que mienta en lo del explosivo...

—Se ha equivocado en algo, Reeves —sonó la voz ronca, tras el pasamontañas—. Yo sí soy idealista. He reclutado criminales, pero ese dinero es para invertirlo en una idea política, en una nación, en una misión que no tengo por qué aclararle ahora. ¡Y yo sí estoy dispuesto a que muramos todos ahora mismo! ¡Ése fue su único error, Reeves!

Mark le vio saltar como un tigre, hacia el banco de piedra donde reposaba el objeto aparentemente inofensivo. En el reloj, se cumplían ya diez segundos más. Sólo veinte para el caos...

Pero la mano del jefe, cuando tocara el objeto, lo haría estallar, precipitando acontecimientos. Los jugadores de baloncesto contemplaban la escena con rostros demudados, llenos de horror.

Mark Reeves supo en ese momento terrible que, ciertamente, había cometido su único error en aquel asunto. Nunca imaginó que el misterioso jefe fuese un idealista, un auténtico fanático de una ideología determinada, y no un vulgar criminal sin conciencia...

Con un escalofrío, comprendió que ya era demasiado tarde para rectificar.

* * *

Al jefe le faltaban escasamente tres yardas para caer sobre el banco, golpeando el objeto, y provocando la catástrofe general.

Reeves no podía intentar detenerlo. No llegaría a tiempo. El pondría su mano en el artificio, por mucho que se esforzase en impedirlo. Sólo una súbita muerte le hubiera podido frenar.

Y así fue.

La muerte llegó para el jefe, súbita e inesperadamente. Y procedía de quien menos podía él imaginar.

El asustado terrorista que poco antes encañonaba a Reeves con su

metralleta, giró ésta hacia el jefe, instintivamente. Hizo un solo disparo, quizá para evitar que alguna otra bala perdida pudiera rebotar y alcanzar fatalmente al siniestro objeto.

Su única bala disparada, estuvo bien dirigida. Bastó con ella. Penetró en el cráneo del hombre enmascarado, justo por el occipital. No fue nada agradable ver cómo se desgarraba la lana del pasamontañas, y su cráneo estallaba, bajo el impacto del pesado proyectil.

Debió morir en el acto. Todo reflejo se extinguió, al reventar su cerebro. Cayó hacia el muro, golpeó en él, con sus manos crispadas, y luego rodó por el suelo. Se quedó hecho un ovillo, cerca del banco fatídico. Pero sin rozarlo siquiera.

—¡Doce segundos! —avisó roncamente otro de los enmascarados, sin inmutarse por la acción de su compinche—. ¡Vamos, pronto, antes de que sea demasiado tarde!

Fue una estampida general hacia la salida. Jugadores cautivos y carceleros enmascarados, rivalizaban por salir de allí, unidos por un común afán de supervivencia. En sólo cinco segundos, se había despejado totalmente la amplia nave del caserón.

Mark Reeves suspiró, dirigiendo una mirada a la pluma situada sobre el banco de piedra. Los segundos fueron transcurriendo vertiginosos, en la cuenta fatídica:

Siete..., seis..., cinco...

Reeves no se escapó de allí. No se alejó del ingenio explosivo, sino que se aproximó a él sin vacilar, con gesto tenso. Se inclinó sobre el mismo, en lo que parecía una increíble acción suicida...

... Cuatro..., tres...

Su mano había extraído de su camisa el sujetador de corbata. Lo alzó. Lo sostuvo sobre la pluma, a una distancia aproximada de cinco o seis dedos.

... Dos..., uno... ¡Cero!

El minuto se había cumplido. Justo ahora. Sus dedos presionaban el emblema deportivo del sujetador. Dentro de la pluma, se percibió un leve chasquido.

Y la nitroglicerina no estalló.

Reeves se pasó una mano, enjugándose el rostro sudoroso. Temblaban ligeramente sus dedos. Tomó la pluma con cuidado. La guardó en su bolsillo, siempre adoptando precauciones.

Se inclinó sobre el cadáver del jefe. Las gafas negras habían caído, rompiéndose. Bajo el pasamontañas, sangre y masa encefálica encharcaban la lana. Tiró de ésta un poco, lo justo para ver la parte inferior del rostro oculto.

Respiró hondo. Caminó hacia la salida, ahora.

—Me lo figuraba —musitó—. Tenía que ser él... Zachary Mulder, el tío de Jane Miller. El primer hombre a quien detuvimos por sospechoso. El que mejor coartada tuvo, mientras estaba encarcelado... Él era el jefe.

Afuera, nutridos grupos de policías montados de roja casaca, soldados armados, y helicópteros militares sobrevolando la zona, se encargaban de capturar a los entregados terroristas. Los jugadores de baloncesto miraban con temor hacia la casa, esperando la voladura...

—No teman ya —sonrió Reeves al salir—. No estallará. Ya no. Pude evitarlo al fin...

* * *

—¿Cómo pudo evitarlo, Mark?

—Fue muy simple, Belinda. Accioné realmente el explosivo. Pero mi sujetador de corbata era un antireactivo para el sistema electrónico de detonación. Anuló el funcionamiento del circuito, y terminó el peligro. Había previsto que sucedería algo así. Pero no imagine que ese hombre, Zachary Mulder, fuese un fanático, un hombre de violentas ideas políticas, capaz de crear una organización terrorista de altos vuelos.

—Zachary Mulder... De modo que era él: el hombre que Celeste vio matar a Jane en el aeropuerto...

—Sí, esa vez sí era él. Nada de plásticos moldeables, nada de rostros falsos. Y por una razón muy sencilla, que a ninguno se nos ocurrió después. Por entonces, los terroristas aún no tenían en su poder la droga capaz de hacer moldeable la cara. Recuerde que fue la polvera de Jane Miller la que les facilitó la primera dosis. ¿Por qué? ¡Porque Jane sospechaba realmente de su tío Zachary, y por eso venía a Montreal, para advertir a las autoridades de todo! Recuerde, Belinda, que Jane no tenía relación alguna con la Olimpiada, ni con nada que justificara su papel en el drama. Por tanto, tenemos que

Jane debió averiguar que Skalko poseía un descubrimiento sensacional. ¿Motivo? ¡Skalko huía de Nueva York, porque sabía a Zachary en pos de su invento, y conocía su relación con una banda criminal, de la que quería servirse para una amplia escala terrorista que reportara dinero a sus ideologías...! Y Skalko confió en Jane, dejándole la parte de dosis que había hecho, al margen de la que ocultaba aquí, en Montreal, cuya llave le entregó a usted, porque le resultó una chica de confianza... Si Zachary no tenía aún la materia precisa, ¿cómo podía alterar el rostro ningún miembro de la banda? Pero el plan de él era hacerse pasar por aparente culpable, matando él mismo a su sobrina ante testigos. Luego, cuando otros hombres prestigiosos parecieran matar a otras personas, él sería liberado. Y poseería una sólida coartada, y quedaría fuera de toda sospecha. Pero olvidó que, al no poseer el asesino esa droga maravillosa, si Zachary Mulder mató aparentemente a su sobrina, es que, realmente, él lo hizo y no otro. Yo sabía que uno de los cuatro aparentemente falsos asesinos, no era tan falso como parecía. Y sospeché de Zachary. Por eso le tendí la trampa y luego suplanté a Melville, pero llevándome el explosivo y el emisor de ondas.

—Pudieron haber muertos todos: usted, esos chicos...

Belinda miró a la pista del Estadio Olímpico donde, en majestuosa y brillante ceremonia de apertura de los juegos, desfilaba ahora la Delegación olímpica de los Estados Unidos de América.

—Era un riesgo a correr. Pero si no nos jugábamos el todo por el todo, aquí, en la Olimpiada, o en cualquier otro lugar, el terrorismo de ese grupo siniestro terminaría por provocar una matanza sin precedentes. Era mejor impedirlo. O intentarlo, al menos...

Aplaudieron el paso de los atletas. La llama olímpica brillaba en su lugar, bajo los aros del deporte mundial. Sonaban airoso himnos y marchas nacionales. Montreal era una fiesta aquel 17 de julio de 1976...

La pesadilla de unas horas dantescas, transcurridas entre la vida y la muerte, mientras el terror flotaba sobre la Ciudad Olímpica, parecía quedar muy atrás.

Mark Reeves se inclinó hacia la bella azafata. Los ojos verdes del joven agente especial canadiense, se cruzaron con los azules de Belinda Kerr. Muy cerca uno de otro, en los asientos de tribuna, especialmente invitados por Jean Paul Melville a la jornada

inaugural en el Estadio Olímpico, bajo las airosas cuarenta y cinco mil toneladas de peso del revolucionario techó de la instalación, sostenido solo sobre cuatro puntos de apoyo. Entre la masa enfervorizada que asistía al inicio de los XXI Juegos...

—Cuando este espectáculo termine, Belinda..., ¿qué tal si vamos a cenar juntos, y luego bailamos un poco? —la ofreció Reeves.

—¡Oh!, yo tengo libre el día de mañana, pero usted..., ¡ni siquiera ha dormido la noche anterior! ¿Podrá resistir tanto, Mark?

—Quizá no podría resistir otra noche igual —rió el agente—. Pero una velada junto a usted, Belinda..., será mejor que el más bello sueño, esté segura.

—¡Embustero y adulator! —rió ella, de buena gana, con sus mejillas ruborosas.

—¿Eso cree? Entonces, la invito a repetir durante toda su semana libre... ¿Qué me dice a eso?

—Que los agentes del Gobierno son, aquí, los más fuertes del mundo... —Le guiñó un ojo—. Y, por cierto, que quiero comprobarlo. Acepto esa invitación, Mark. ¡Toda la semana! Noche tras noche... A cenar y a bailar, ¿entendido?

Reeves asintió, dejándose caer en el asiento de tribuna.

—No debí arriesgar tanto —murmuró—. Esta vez, no se trataba de una carga de nitroglicerina..., ¡sino de una mujer! Pero no va a derrotarme, se lo aseguro. ¡No logrará que me duerma ni siquiera la última noche!

—Eso... ya lo veremos —rió ella, viéndole bosteza:

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.